

JOSÉ AGUSTÍN

Abolición de la propiedad

CONTEMPORÁNEA



José Agustín

Abolición de la propiedad

DEBOLSILLO

José Agustín nació en Acapulco en 1944. Poco menos de dos décadas más tarde comenzó a publicar, colocándose a la vanguardia de su generación. Fue miembro del taller literario de Juan José Arreóla, quien le publicó su primera novela, *La tumba,* en 1964. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores y de las fundaciones Fulbright y Guggenheim. Ha escrito teatro y guión cinematográfico, ámbito en el que dirigió diversos proyectos. Entre sus obras destacan *De perfil* (1966), *Inventando que sueño* (1968), *Se está haciendo tarde (final en laguna)* (1973, premio Dos Océanos del Festival de Biarritz, Francia), *El rey se acerca a su templo* (1975), *Cerca del fuego* (1986), *El rock de la cárcel* (1986), *No hay censura* (1988), *La miel derramada* (1992), *La panza del Tepozteco* (1993), *Dos horas de sol* (1994), *La contracultura en México* (1996), *Cuentos completos*(2001), *Los grandes discos del rock* (2001), Vi*da con mi viuda* (2004, premio Mazatlán de Literatura) y *Armablanca (2006).* Ha publicado ensayo y crónica histórica, destacando los tres volúmenes de *Tragicomedia mexicana* (1990, 1992, 1998).

A mi papi

We skipped the light fandango
and turned cartwheels cross the floor.
I was feeling kind of seasick
but the crowd called out for more.
The room was humming harder
as the ceiling flew away
when we called out for another drink
the waiter brought a tray.
And so it was that later
as the miller told his tale
that her face at first just ghostly
turned a whiter shade of pale.

She said there is no reason
and the truth is plain to see,
but I wandered through my playing cards
and would not let her be
one of sixteen vestal virgins
who were leaving for the coast
and although my eyes were open
they might just have well been closed.
And so it was that later
as the miller told his tale
that her face as first just ghostly
turned a whiter shade of pale.

KEITH REID Y GARY BROOKER (para Procol Harum):

A Whiter Shade of Pale

Entro en el sótano que se encuentra iluminado tenuemente. Conforme voy habituándome a la oscuridad descubro, no sé cómo, un sillón viejo y polvoso. Camino procurando no tropezar con varios objetos que se hallan en los lugares más inesperados: una vieja máquina de coser, cajas y costales, sillas en todas partes, marcos sin pintura, una mecedora. En las paredes hay, recargados, innumerables espejos que me reflejan en posiciones distintas. Llevo mis manos a los brazos, mientras en mi rostro se dibuja una expresión de perplejidad. Ignoro por qué el sillón me ofrece una cierta fascinación irresistible.

Voy hacia él y sin más me desplomo.

Los monitores del circuito cerrado muestran el panning de las cámaras al seguirme y close shot cuando estoy sentada.

El conjunto de rock se encuentra en la izquierda, en silencio. Es como parte del escenario. No lo veo, nunca lo veo.

A mi lado se halla una grabadora, pero la miro sin advertirla. Sobre de ella hay un metrónomo que ha estado funcionando sin interrupción desde antes de mi llegada.

Tarareo algo indefinido, tamborileando un ritmo imaginario en los brazos del sillón. Me siento bien, a gusto. Trato de fijarme en los objetos que me rodean pero no les encuentro sentido. Entonces reparo en la grabadora.

Es un modelo profesional, ámpex, absurdo en un escenario como en el que me encuentro. El metrónomo continúa funcionando y su ritmo ofrece el único sonido que se escucha. Veo la grabadora con curiosidad y acciono los controles, un poco al azar. Me estiro un poco más para leer las funciones de cada control y sigo

moviéndolos. Me sorprendo, y casi salto, al oír los ruidos del retroceso y veo que, en efecto, la cinta se desplaza con rapidez, emitiendo los ruidos clásicos. Dejo ese botón y pruebo otro, el de avance. Se escuchan, lejanos, los acordes de la que intuyo *Sexta sinfonía*, de Schubert: no sé mucho de música clásica, pero eso sí: ya he oído antes la tonada. Tras unos cuantos compases se empiezan a escuchar varias voces reverberadas, incomprensibles. Aguzo el oído al creer que una se parece a la mía. Localizo el control del volumen y lo muevo.

Es mi voz.

En la grabadora.

Voz de Norma: Fíjate, Everio, ahorita tengo la impresión de que esto ya había sucedido antes.

Se oye un tosido que en realidad disfraza una risita irónica.

Voz Norma: Qué pasa. Te parece muy chistoso.

Voz Everio (muy rápido): No, cómo crees. (Pausa. Procura ser más convincente:) Palabra.

Voz Norma (con una ligera irritación): Entonces de *qué* te ríes.

Voz Everio: No me *reí*. Te lo juro. Me dio tos nada más.

Voz Norma: Sí, cómo no. Ya sé. Experimento todos los lugares comunes imaginables. Pero es que sentí que todo esto ya había sucedido antes. Digo, estar aquí en este lugar tan extraño.

Voz Everio (neutro): Qué tiene de extraño.

Voz Norma: Es extraño, ¿no? *Sí es* extraño. Caray, parece que nada más quisieras llevarme la contraria.

Voz Everio (con mucho eco): No te exaltes, viejita.

Durante los diálogos anteriores me acomodo mejor en el sillón y escucho con verdadero interés e inquietud. No entiendo nada, mas por el momento no me interesa comprender sino escuchar. Por eso casi no me doy cuenta de que atrás de mí, sobre la pared lateral derecha, se ha empezado a proyectar

mi rostro en close shot;

en la proyección hablo con alguien y de hecho matizo lo que se dice a través de la grabadora. Pero no se ve con quién hablo y mi voz no se sincroniza con los movimientos de los labios en la proyección.

En la grabadora ha habido una pausa y se detiene la música de Schubert. Sin interrupción, incluso sobreimpuesta, escucho una

pieza monocorde, de ritmo constante. Sin darme cuenta miro hacia el frente como con seguridad habría mirado en la acción registrada en la grabadora: reprobando que alguien me hable de esa manera. El mismo gesto se ve en el back projection.

En la grabadora.

Voz Everio: Te ofendiste.

Voz Norma (fría): No. Por qué.

Voz Everio: Bueno, tenemos poco de conocernos, ¿no?

Voz Norma: No. Digo, está bien.

Las voces vuelven a callar y ya no miro al frente: veo la grabadora, tratando de escuchar más, pero sólo persiste la música monocorde, obsesiva.

Apago la grabadora, impresionada.

El conjunto empieza a tocar una música parecida.

La proyección hace fade out.

Frunzo el entrecejo. Trato de respirar con un ritmo lento: termino aspirando todo el aire que puedo, y reteniéndolo en los pulmones, me levanto del sillón.

Bajan las luces y el escenario sólo queda iluminado por la luz del proyector que muestra, en la pared lateral izquierda, el cartón:

NORMA HA ENTRADO EN UN SÓTANO DONDE ESCUCHA SU VOZ. POR EL MOMENTO SE HALLA SOLA.

Un reflector ilumina tenuemente, aún más, y siento que mi cuerpo se vuelve rígido. Siento una corriente de energía, pero no puedo moverme con naturalidad. Me pongo de pie mirando al frente y avanzo hasta el arriba centro. Canto:

Norma: Esta casa no es mi casa
y he encontrado a mi conciencia
esquinada en las sombras
con la luz que me transforma
yo no soy una obsesión
yo no soy una ilusión
soy muy real y me encuentro
en un mundo de agonía
de agonía de agonía
y de luz muy dulce y tenue
de agonía en las sombras
que maniatan las paredes
y que ensangran mis deseos

porque ya no sé qué ocurre
qué vendrá de mi conciencia
qué saldrá de mi conciencia
que saldrá de mi conciencia…

Hago fade a la canción y sin permitir pausa, pero sintiéndome adormecida, inicio mi monólogo. El conjunto, también sin interrupción, desarrolla el tema del monólogo. En la izquierda se proyecta el cartón:

CANCIÓN DE LOS ANTECEDENTES.

En la misma pared lateral izquierda se proyectan transparencias de mi rostro y de mi cuerpo pero casi siempre en acercamientos, con colorido y textura de amplificación: contrastan con la penumbra. Las slides ilustran diversos momentos del monólogo, pero sin que exista una sincronización con su desarrollo.

Norma (sin cantar en ningún momento): Es que *es* difícil plantear todo. Además, da miedo. Porque una puede llegar a decirse está bien, está bueno, éste es el momento en que tienes que repasar lo que has hecho; *viejita*, tienes que hacerlo. Es decir, una es concierne de eso pero no hay cómo; así, tan sencillo. Más bien sí hay cómo, lo que no hay tan fácilmente es la facilidad de palabra, la facilidad, la honradez de espíritu y la seguridad, seguridad de que se habla bien y sin mentir. Sin mentir, no mentir, eso es lo importante. Lo real y fundamental. En ningún momento este lugar es invención mía, sé que puede parecerlo, pero no. No. Que no. Últimamente todo se vuelve irreal; bueno, no irreal irreal pero sí complicado. Digo, yo podría ser una conciencia activada por otra conciencia más expandida; pero no, no es así. Sé muy bien por qué hago lo que hago, por qué digo lo que digo, aunque no dejan de sorprenderme todas estas cosas de la grabadora. Y mucho. Un *chorro*. *Juro* que nunca grabé eso. Norma nunca ha grabado eso, está más ocupada en otras cosas. Norma, antes de preocuparse por grabar lo que acaba de oír, preferiría obnubilarse por no ser virgen. Y no porque se vanaglorie de no ser virgen, eso no tiene importancia. Importancia. No, no, para nada. Es más, cuando tuve mi primera relación sexual mi himen ya se hallaba desgarrado. Uy. Lo que pasa aquí: Carmen me invitó a oír unas cintas sensacionales, pero tuvo que salir. Sepalabola la llamaba, por qué mejor no te vas al sótano, es muy padre, muy raroso, muy intelectualón, muy decadentito, muy buena onda. Okay, Norma baja a este simulacro

de sótano. Escucha su voz en una grabadora grabada quién sabe cómo en la grabadora. Qué onda. Muy muy buena onda.

Me interrumpo cuando baja la luz.

Se proyecta otro cartón:

AL FONDO, ALADERECHA.

Cuando aumenta la intensidad de la luz me encuentro en el sillón. Sonriente, un poco fatigada, aunque de nuevo a gusto. Hasta me dan ganas de volver a encender la grabadora. Pero no me atrevo.

Se abre la puerta (abajo, izquierda), la única. Por una razón imprecisa no quiero volverme. Oigo pasos y Everio se acerca, mirándome, examinándome. Mira mis piernas con la seguridad relativa que le permite el saber que no estoy viéndolo. Pero después de un momento no sabe qué hacer. Sigo sin verlo. Se detiene a pocos pasos de mí. Mira el sótano de reojo, sin fijarse en nada. Se está poniendo nervioso porque no lo miro. Apenas puedo reprimir la sonrisa y el brillo en mis ojos. Sé que quiere hablarme pero no sabe cómo. No se está quieto. Bueno, cualquiera se pondría nervioso. Me vuelvo hacia la grabadora y estiro mis dedos para acariciar la superficie fría del aparato, rozo el metrónomo que sigue funcionando al mismo ritmo. Él da un paso más. Apenas aguanto la risa, pero trato de controlarme.

Se escuchan nuestras voces, pero *no* en la grabadora.

Voz Everio (off): Buenas tardes, señorita.

Voz Norma (off): Buenas sean, señor.

En la pantalla derecha aparecen nuestros rostros, pero en blanco y negro. La cámara panea con lentitud de uno a otro.

Nuestras expresiones son de absoluta formalidad.

Voz Everio (off): Espero no molestarla.

Voz Norma (off): De ninguna manera.

Voz Everio (off): Carmen me invitó a oír unas cin tas nuevas. ¿A usted también?

Voz Norma (off): Sí. Nuestra mutua amiga tuvo que salir, como seguramente ya le habrán informado. No tarda, supongo, pero siéntese, por favor.

Voz Everio (carraspea): Es usted muy amable.

Fade out en la derecha.

Sigo controlando la risa mientras él continúa fingiendo observar los objetos del escenario cuando en realidad me ve las piernas.

Discretamente las cruzo para que las vea mejor. Llevo mi mano a la boca y oculto la sonrisa inevitable. Hasta entonces me vuelvo hacia él. Sonrío. Sonríe.

Norma (jovial): Quihubo.

Everio (seco): Buenas tardes. Qué tal.

Su voz suena demasiado fría, impostada. Sonrío aún más, viéndolo. Vuelve a ponerse nervioso. Se repone en el acto, carraspea y alza los hombros. Se acomoda la ropa innecesariamente y camina sin rumbo fijo, mirando los muebles.

Everio: ¿Tú eres amiga de Carmen?

Norma (cautelosa): Hm.

Toma aire y dice, sin mirarme:

Everio: Ya lo sabía.

Me desconcierto, se me nota, lo miro. ¿Por qué yo lo miro y él no? Toma aire.

Everio: Digo, estaba seguro de que no eras pariente de Carmen.

Sonrío, débilmente. Él sonríe también. Imbécil, cada vez está sintiéndose más seguro.

Norma: Tú eres pariente de Carmen.

Everio: De ninguna manera. (Sonríe.) Cómo te llamas.

Norma: Norma.

Everio: ¿Norma?

Norma (agresiva): Sí, qué tiene de extraño.

Mi agresividad lo desconcierta. Vuelvo a tomar ventaja: él mira el piso de nuevo.

Everio: ¿Eh? Perdóname. Es que… Bueno|

Norma (int.): Tú *no* eres muy amigo de Carmen. Cómo te llamas.

Everio (con mucha seriedad): Everio.

Norma: Ése si es un nombre extraño, para que veas.

Me mira, duro, como si yo no debiera de permitirme esas observaciones. Lo miro, divertida. En realidad si encuentro a alguien más tímido que yo automáticamente me siento segura. También me pasa al revés.

Everio me mira con desconfianza, pero trata de ocultarlo.

Everio: Cómo sabes que no soy muy amigo de Carmen.

Voy a hablar casi al instante pero me detengo. Mido mis palabras.

Norma (lentamente): Porque ya te habría visto. (Tiempo.)

Carmen siempre lleva sus amigos a mi casa. En cambio, ésta es la primera vez en que yo vengo a la suya.

Me mira directamente a los ojos, por primera vez, sin ninguna intención determinada. Me siento incómoda por fanfarronear. Trato de sonreír.

Norma (inquieta): Bueno, cómo conociste a Carmen.

Everio: En la escuela.

Norma (rápidamente, sin agresividad, desconcertada): En qué escuela. Tú no estás en Ciencias Políticas.

Everio (ligeramente infantil): *Sí* estoy en Ciencias Políticas, ah qué caray. En Diplomacia. En primero. Y en las mañanas trabajo en la Comisión de Turismo.

Norma: Yo también estoy en Políticas, en Sociología. *Nunca* te he visto en la Facultad.

Everio (como si hablase con una tarada): Tú vas en las tardes o en las mañanas.

Norma (sencilla): En las mañanas.

Everio (triunfante): Ahí está. Yo voy en las tardes.

Norma (neutra): Ah.

Me mira, lo miro y vuelve a ponerse nervioso. Ya se le estaba quitando. Se pone de pie y recorre, con pasos rápidos, un área muy reducida. Me ve de reojo. Le patina, pienso. Pero al fin se decide.

Everio (hosco): Sabes dónde está el baño.

Flash del cartón anterior.

Norma (sonriendo, casi sádica): *No*. Nunca había venido a esta casa.

Everio me ve, casi desesperado y furioso al mismo tiempo. Trato de controlar la risa. Lo veo aspirar, hondo; mirar la habitación sin fijarse en ella y tomar asiento por último.

Norma (despacio): ¿No vas a ir?

Everio: A dónde.

Norma: Al baño.

Finge no escucharme y se despatarra en su silla, aguantando las ganas de orinar. Pobrecito, me dan ganas de saber dónde está el baño y decírselo.

Norma: No sé por qué te aguantas, Everio. Pregúntale a la muchacha.

Me mira con ganas de estrangularme.

Everio: No, *gracias*.

Cruza las piernas. Y no sé, de repente me da la impresión de que todo esto ya sucedió una vez.

En la izquierda aparecen las tomas de mi rostro que se proyectaron en el principio.

En la derecha las transparencias del monólogo.

Norma (igual que en la grabadora): Fíjate, Everio, ahorita tengo la impresión de que esto ya había sucedido antes.

Everio tose para ocultar una risita irónica. Cruza las piernas.

Norma: Qué pasa. Te parece muy chistoso.

Everio (muy rápido): No, cómo crees. (Pausa. Procura ser más convincente:) Palabra.

Norma (con una ligera irritación): Entonces de *qué* te ríes.

Everio: No me *reí*. Te lo juro. Me dio tos nada más.

Norma: Sí, cómo no. Ya sé. Experimento todos los lugares comunes imaginables. Pero es que sentí que todo esto ya había sucedido antes. Digo, estar aquí en este lugar tan extraño.

Everio (neutro): Qué tiene de extraño.

Norma: Es extraño, ¿no? *Sí* es extraño. Caray, parece que nada más quisieras llevarme la contraria.

Everio: No te exaltes, viejita.

Lo miro, reprobando que me hable de esa manera.

Pausa.

Everio: Te ofendiste.

Norma (fría): No. Por qué.

Everio: Bueno, tenemos poco de conocernos, ¿no?

Norma: No. Digo, está bien.

Cesan las proyecciones.

Me observa un momento, a hurtadillas. Lo veo de reojo. Es que no tenía por qué hablarme así, decirme viejita en especial. Odio que me digan viejita.

Everio (sincero): Perdóname, Norma. En serio.

Norma (tratando de tomar todo a broma, insegura): Te perdono, Everio; en serio te perdono, Everio.

Me siento ridícula por haber dicho eso: él me mira, sin comprender, perplejo. Por último ríe, con naturalidad, aunque cruza las piernas. Las descruza y las vuelve a cruzar.

Norma (muy natural): Por qué no vas al baño, hombre.

Everio (íd.): Sí, ¿verdad?

Se levanta, con timidez, como si estuviera desnudo y le diese pena mostrar su cuerpo. Va a la puerta y sale, sin volverse.

Sonriendo, lo veo retirarse. Me cae bien. Pero después de un instante advierto la grabadora y me siento estremecer. Me pongo muy muy nerviosa. Tamborileo sobre mis rodillas. Me levanto y camino tocando los objetos. Cruzo mis brazos y los descruzo. Para colmo de males se me desplaza un lente de contacto. Trato de colocarlo, moviendo los ojos, pero no puedo. Entonces lo empujo con el índice. No logro acomodarlo.

Norma: Chin.

Tratando de acomodar el lente con el dedo, regreso a la grabadora y la pongo a funcionar agresivamente.

Vuelve a escucharse la música de ritmo monocorde y, después de parpadear y de manosear mi ojo, acomodo el estúpido lente. Exhalo un suspiro de alivio cuando vuelven a oírse nuestras voces en la grabadora.

En la izquierda se proyectan nuevas imágenes, pero ya nos vemos Everio y yo, siempre vestidos como ahora, sin que nuestras voces se sincronicen, aunque actuando conforme a lo que se escucha.

Quedo extática; muy impresionada, la mera verdad.

En la grabadora.

Voz Everio: Pero qué te pasa, estás delirando, viejita.

Voz Norma (agresiva): Pero por qué, estás delirando *tú*|

Voz Everio: ¿Yo? Al contrario, no hay nadie capaz de sostener esas teorías y tener cierta coherencia.

Voz Norma: Entonces tú crees que yo soy incoherente.

Voz Everio: No, sólo pienso que eres una niña balín que repite las babosadas que escucha en el baño de mujeres de Ciencias Políticas y Sociales y Anexas.

Voz Norma: Anexas a tu abuela. Y eres *tú* el que saca las teorías del excusado. *Todo* el tiempo te la pasas orinando.

Se cortan las voces abruptamente y son reemplazadas por la música eléctrica. Permanezco unos segundos esperando que continúen, pero sólo se oye la música. Entonces acciono el control de avance, dejo correr la cinta y la detengo.

En la grabadora.

Voz Norma: Eso no quiere decir que yo me vanaglorie de no ser virgen, al contrario; pero lo que quiero decir es que todo eso me tiene sin cuidado, ves.

Voz Everio: Veo.

Voz Norma (tras una risita): Es más, cuando hice el amor por primera vez con un muchacho; claro, qué imbécil, ni modo que con un burro o con una mujer: no soy de esa onda; digo, ya entonces no era virgen.

Voz Everio: A ver, barájamela más despacio y sin inhibirte, mi estimada. Yo también tuve masturbaciones *muy* dolorosas.

Voz Norma: No seas chistoso. No hay nada truculento en mi asunto. Nací sin himen; bueno, con la moña desgarrada|

Voz Everio: Uy, qué poético.

Voz Norma: Vete a volar.

Las voces vuelven a interrumpirse, pero esta vez no hay música reemplazante. Cesan las proyecciones.

Sigo nerviosísima, oyendo el zumbido de la cinta al correr. Apago la grabadora y me pongo de pie, inquieta, sin poder quedarme en paz. Desearía fumar, pero no tengo cigarros.

Se proyecta un cartón:

HABÉIS VISTO POR ALLÍ TODO UN SEÑOR LENTE DE CONTACTO.

Everio regresa, ligeramente cohibido, pero queriendo mostrar naturalidad.

Norma (casi agresiva): ¿Tienes un cigarro?

Lo tomo por sorpresa, tarda en responder.

Everio: No.

Frunzo el entrecejo, la boca.

Everio (casi disculpándose): No fumo.

Regreso al sillón, sin hacerle caso. Tomo asiento, inquieta, molesta.

Él me mira, desconcertado.

Everio: Qué te pasa.

Norma: Fuiste al baño.

Me mira sin responder: muy serio.

Norma (queriendo suavizar): Digo… Ash. (Sacudo la cabeza.) Encontraste el baño.

Everio (tomando aire): Sí, viejita. Y oriné durante setenta y cuatro segundos con ocho décimas, luego me lavé las manos con suma pulcritud. Fue impecablemente relajante pues me andaba

meando para decirlo sin inhibiciones.

Norma: Bueno, pégame, ¿no?

Me da flojera discutir. No sé qué hacer. Finalmente recurro a la payasada. Me pongo de pie y me coloco en guardia, como boxeador. Finto golpes y todo eso. Y para mi absoluta sorpresa el imbécil me sigue la corriente: se pone en guardia también y durante unos segundos payaseamos dando vueltas alrededor, tirando golpes. Todo es muy rápido. Alzo las manos, como político en triunfo, y vuelvo al sillón.

Él queda de pie, respirando agitado, viéndome, divertido. Sonrío con un poco de cansancio.

Everio (en tono de perfecta guasa): Ex-pe-ri-men- tas to-dos los lu-ga-res co-mu-nes ima-gi-na-bles, *viejita*.

Norma (muy seria): No, por favor.

Metí la pata, Everio ya había logrado sentirse a gusto.

Everio enhiela su sonrisa. Deja de mirarme, tose un poco y camina hasta un extremo del escenario: ve el conjunto sin reparar en él. Se vuelve hacia mí. Respira profundamente.

Everio: ¿Te gusta la sociología?

Norma: Sí.

Everio (con mala fe): ¿De veras te gusta? ¿Estás segura de que es tu vocación?

Norma (a la defensiva): Por qué.

Everio: No sé. Palabra.

Norma: He inten*ta*do hacer *muchas* cosas, *viejito*. He participado en *todas* las actividades habidas y por haber en la Universidad. *Deportes*, cineclub, teatro, conferencias, mesas redondas, manifestaciones|

Everio: Ah, entonces eres una niña mitinera y eso.

Norma (muy seria): Sí, y qué.

Everio: Vas a las manifestaciones, haces huelgas de hambre, firmas manifiestos, pides dinero para los presos políticos.

Norma: Sí.

Everio: Eres una muchachita politizada.

Norma: Sí, y tú eres un hijo de tu fregada madre.

Everio (sonriendo, pero un poco asustado): Qué pasó. Yo no te estoy agrediendo.

Norma: Cómo no. Nada más hay que oírte el tonito.

Everio (sin hacerle caso): Ca-ramba. Eres *igual* que todas las niñas politizadas de la escuela. Luego se sienten ofendidísimas si alguien no comparte sus ideas.

Norma: Eso *no* es cierto.

Everio: Cómo *no*. Hasta me mentaste la madre. En cambio, yo no me doy por ofendido.

Norma: Porque eres un pobre buey. Perdóname que te lo diga.

Everio: Ah sí. Por qué.

Norma: Porque *simplificas* todo. Has de conocer a dos o tres babosas sectarias y luego luego crees que todas son iguales.

Everio: Y no.

Norma: Pues no. A ver, diplomático, tenemos aquí un buen rato soportándonos. Si fuera niña sectaria, desde el principio te habría preguntado si eres reaccionario o progresista; y si hubiera creído que eras un maldito enano-burgués, complaciente y *diplomático* te habría mandado al diablo.

Everio: Hombre, pues qué a todo dar. Ya van varias veces que me mandas.

Norma: No es cierto, no es lo mismo.

Everio: Me dijiste que soy un hijo de mi fregada madre, sí o no.

Norma: Bueno sí, sí, sí lo dije. Y qué. Eso no quiere decir nada. Te puedo decir cochificio e insultarte de a deveras. Y después de todo tú estabas rebuznando con mucha mala leche; a mí no me se me antoja discutir con alguien que no ve más allá de su nariz.

Everio: Momento, viejita|

Norma: No me digas viejita.

Everio: Está bien. Mira, jovencita|

Norma: Vete al carajo.

Everio: Bueno qué pasó. Estás instalada en la agresión.

Norma: Es que eres un tramposo. No puedes hablar sin meter tu maldita ironía. Estamos hablando en serio o no.

Everio: No.

Norma: Entonces no tiene caso hablar, viejito.

Everio: No me digas viejito.

Norma: Mira, tú puedes creer lo que quieras. Ser diplomático para que te den una bonita chamba don de agarres tus borracheras y digas cosas lindas como lo maravilloso que es la concordia del concierto de las naciones y la estabilidad y la paz que disfruta

México y trates de quedar bien con Dios y con el diablo.

Everio: No metas a Dios en estas cosas.

Norma: Ah, eres muy creyente.

Everio: Caray, Normita. Estoy bromeando. Todo lo tomas en serio.

Norma: Nanay, diplomático. Esta vez yo estaba bromeando. *Todo* lo tomas en serio.

Everio: Lo tomo en serie.

Norma: Ja ja.

Everio: Bueno, correcto. Tú crees muchas cosas y las crees de a deveras. Cómo te diré. Piensas que los gringos deberían salirse de Vietnam y todo eso.

Norma: Los gringos deben largarse de Vietnam.

Everio: Sí sí, no te lo discuto. Es más, estoy de acuerdo. Correcto.

Norma: Ajá.

Everio: Déjame decirte nada más, mi querida socióloga|

Norma: Mira, ingenioso, puedes irte al carajo si sigues así.

Everio: Carajo, ya van como chorromil veces que me mandas al carajo.

Norma: Porque lo mereces. Me matas de risa. Agredes, lanzas tus lindas ironías y luego te echas para atrás. Pero vuelves con las fregaderas: Yo también sé jugar tu jueguito pero la mera verdad me da flojera.

Everio: Cuál jueguito.

Norma: Cuál jueguito… ¿Por qué te mueves tanto, niño? Seguro ya tienes ganas de orinar otra vez.

Everio (tragando saliva): Pues sí.

Norma: Pues vete a orinar en vez de seguir discutiendo sandeces.

Everio: Eres muy flamenca, Normita. Si hago una broma te enojas, pero tú te la pasas agrediéndome.

Norma: Es más honesto, ¿no? Yo no estoy escondiendo nada. Por qué no vas a orinar.

Everio: ¡Yo voy a orinar cuando se me da|

Norma (int.): Como quieras.

Everio: Mira, vamos a comunicamos, ¿okay? Cuál es tu ideología.

Norma: Ash, tú ya intuyes cuál es mi ideología. Soy mitinera,

voy a manifestaciones, pido dinero para los presos políticos y todo ese patín. Pero a mí se me ocurre algo más interesante: cuál es *tu* ideología.

Se queda pensativo. Sonríe un poco.

Everio: Cómo te diré, yo soy progresista.

Me ataco de la risa.

Everio: Qué pasa.

Norma: No, nada.

Everio: Ya ves, tú también me ironizas.

Norma: No es cierto. Bueno, sí. Pero síguele.

Everio: Okay. Me chocan las posiciones exageradas, extremistas. (Pausa.) Cómo te diré, creo que el mundo puede llegar a entenderse a través de la comprensión y la buena voluntad. (Se ilumina.) Te gustan los Beatles.

Norma: Muchísimo.

Everio: Bueno, yo también creo que todo lo que se necesita es amor.

Norma: Okay, pero cómo muestras ese amor.

Everio: Hombre, pues amando. No haciendo daño. Sin guerras. Buscando la paz.

Norma: Y eso dicen los Beatles.

Everio: Sí, claro. Claro.

Norma: No te lo voy a discutir. Estás equivoca do, para buscar la paz hay que luchar, la paz es pasión, ¿ves? Pero en fin. Yo te doy otro ejemplo: qué opinas del Che Guevara.

Everio: Ah, ya sé por dónde vas…

Norma: ¿No crees que el Che estaba lleno de amor?

Everio: Bueno… (Toma aire.) Sí, sí creo.

Norma: Bueno. Hay muchas formas de mostrar ese amor.

Everio: Eres una tramposa. Eso sí es simplificar.

Norma: No, por qué. El amor se demuestra andando. Si alguien explota a otro ser más débil, hay que amar al más débil. Y la mejor manera de amarlo es ayudándolo a que no lo exploten, a que no se aprovechen de él, combatiendo a los explotadores.

Everio: Pero qué te pasa. Estás delirando, viejita.

Norma (agresiva): Pero por qué, estás delirando *tú*|

Everio: ¿Yo? Al contrario, no hay nadie capaz de sostener esas teorías y tener cierta coherencia.

Norma: Entonces tú crees que yo soy incoherente.

Everio: No, sólo pienso que eres una niña balín que repite las babosadas que escucha en el baño de mujeres de Ciencias Políticas y Sociales y Anexas.

Norma: Anexas a tu abuela. Y eres *tú* el que saca las teorías del excusado. *Todo* el tiempo te la pasas orinando.

Everio: Carajo, si no fueras mujer ya te habría partido el hocico. Qué hay con que orine todas las veces que se me da la gana.

Norma: Ya salió el macho mexicano. Si yo no fuera mujer lo más probable es que me estuvieras invitando a que nos echáramos las otras y me dirías no manito si tú me caes a toda madre pa qué discutimos échate otra.

Everio: ¡Yo no soy un macho mexicano!

Norma: Ése es tu problema, jovencito. No conozco tu vida sexual.

Everio: Qué quieres decir con eso.

Norma: Nada. Vete a orinar.

Everio (controlándose): Mira, no sigas moliendo con eso.

Norma: Quieto ahí, Everio. No te muevas.

Everio: ¡No me estoy moviendo! ¡Ni que te fuera a pegar, no soy un animal!

Norma: Por si las dudas|

¡Zas, se me sale un lente de contacto! ¡Maldita sea! Lo busco en mi cara y no está. Reviso el suelo, cerrando un ojo.

Norma (viendo el suelo): Ahora sí en serio: no te muevas.

Everio (sorprendido): Qué pasa.

Norma: Se me cayó un estúpido lente de contacto.

Me inclino para localizarlo; tentaleo en el suelo, con cautela.

Everio: ¿Usas lentes de contacto? ¿Dónde se te cayó?

Norma: Por aquí. ¡No te muevas, no vayas a pisarlo!

Everio se desplaza caminando con cuidados excesivos. Sigo buscando el lente.

Everio (se inclina también): Cómo es.

Norma: Cómo va a ser. Enano, redondo, blanco. Brilla.

Everio (buscando): Híjole. ¿Son muy caros?

Norma: Abusa-do. No lo vayas a pisar.

Ahora los dos nos hallamos a gatas, buscando por todas partes. Voy exasperándome; soy muy impaciente.

Everio: ¡Espérate, ya lo vi!

Norma: Dónde.

Everio: Junto a ti. No te muevas.

Gatea con lentitud, mientras yo permanezco quietísima.

Everio (viéndome): No, no era. Era un papelito.

Meneo la cabeza, cada vez más exasperada. Tengo unas ganas locas de fumar.

Everio: ¿No sientes feo traer una cosa en el ojo? Oye, ¿no lo tendrás en la ropa?

Hurgo en mi ropa. Nada. Everio está arrodillado, pero con las piernas muy juntas. Se está orinando.

Everio (buscando): ¿Son muy caros?

Norma (buscando): Sí. Bueno, regular. Depende, ¿no? Pero no es lo que cuesta sino la lata de andar tuerta hasta que entreguen el repuesto. (Exasperada:) Bueno, ahí que se quede. Que se pierda. Al diablo.

Everio: No, hombre, espérate, cómo vas a perderlo.

Me levanto, furiosa, y vuelvo a tomar asiento mientras Everio busca el lente gateando a mis pies.

Everio (como si fuera a atrapar una mosca): Ahora sí ya lo en-con-tré…

Norma (sin creerle): Ash.

Everio: Palabrita. Cómo lo agarro.

Me arrodillo de nuevo.

Norma: Dónde está.

Everio: Aquí, ¿no lo ves? Cómo lo agarro.

Norma: Ah, ya lo vi. Hazte a un lado.

Everio se levanta y sacude su pantalón, mientras yo tomo el lente.

Everio (viéndome): Por qué se te cayó. ¿Se caen muy seguido?

Me levanto también, examinando el lente.

Norma: Híjole, yo creí que ya se había perdido.

Everio: Qué te dije.

Norma: Lo que pasa es que lo tenía *sucio*. Uuuug, tiene *algo*… ¿Tú escupiste?

Everio: Sácate.

Froto el lente en mi vestido.

Everio: ¿No vas a ir a ponértelo?

Norma: ¿Eh? (Sonriendo.) No, digo, sí. Pero ve al baño tú primero.

Everio: A poco te lo pones así nomás.

Norma: No, con un liquidito. Y con agua. Tengo todo. Ándale, ve al baño.

Everio: Okay.

Esta vez sale a grandes zancadas, muy contento por haber encontrado mi lente. Qué vaciado cuate. Sonrío al verlo salir.

Necesito un kleenex para guardar mi lente. Abro mi bolsa y no encuentro ninguno. Claro. Obtengo el líquido limpiador. Soplo en el lente, le pongo unas gotas y trato de ponérmelo. Sin espejo es más difícil, así es que lo coloco hasta el tercer intento. Ssss, cómo arde. Parpadeo varias veces haciendo gestos.

Aún parpadeando voy hasta la grabadora y al verla recuerdo que una vez más Everio y yo repetimos textualmente lo que oí antes a través de ella y que nosotros nunca grabamos. Me da miedo, la vera verdad.

En la izquierda se proyecta otro cartón:

DISTANCIAMIENTO: MUCHEDUMBRE EN EL CUERPO.

Norma: Tengo un infierno en las venas
y muchedumbre en el cuerpo
repartida para hallar
y sé que una voz que no es la mía
anticipa a mi conciencia
sin poderla controlar
un sueño en que sueño flores
entibia el camino que soy
un punto que yo no he trazado
me guía hasta donde soy
soy y comparto llamaradas
soy y me vierto en otras manos
soy y fragmento mi universo
soy y me interno en otro mundo
y otro mundo entra en mí.

Callo pero el conjunto sigue tocando, variando el tema de la canción, tejiendo armonías, muy fuerte, mientras voy hasta la grabadora, apenas resignada y con pasos lentos. La acciono, después de adelantar un poco la cinta.

Un arco de diez mil se cierra sobre mi cara, bañándome con su

haz poderosísimo. Por supuesto, cierro los ojos.

En la derecha vuelven a proyectarse las imágenes de Everio y mías que actúan, sin sincronizar, lo que se oye en la grabadora; esta vez con cortes sobre una misma figura cambiando, algunas veces, de emplazamiento.

En la grabadora.

Voz Norma: Quién sabe por qué será.

Voz Everio: Pues no que eres tan materialista y objetiva y todo eso.

Voz Norma: Sí, qué tienes que ver. Tú puedes sentir que todo se vuelve irreal, que enfocas las cosas con otra sensibilidad, digamos, y seguir siendo tan materialista y objetiva y todo eso. La realidad es más fantástica de lo que te imaginas.

Frunzo la boca. Se acaba la cuerda del metrónomo y vuelvo a darle, acomodando el ritmo del brazo a la intensidad de la acción. Mientras oigo, hurgo en mi bolsa. Las proyecciones cesaron pero vuelven a aparecer cuando surgen de nuevo nuestras voces.

En la grabadora.

Voz Norma: No es por nada, pero Carmen es algo así como mi guardaespaldas. Lleva a sus cuates a mi casa, habla *igualito* a mí y agarra las mismas ondas que yo. Si me pongo meditativa o alegre o triste o me da por bailar o leer… Todo igual.

Voz Everio: Pero las voces son distintas. Digo, la tuya y la de Carmen.

Voz Norma: Sí, claro. A Marx gracias. Su voz es para llorar. ¿Te imaginas? Grave grave, *tersa*. Habla como si le hubieran metido un tanque de gas en el| Ay, ya no quiero decir barbaridades.

Voz Everio: Qué barbaridad.

Siguen las proyecciones. Sonrío, por qué no; pero estoy nerviosa. El chorro de luz, exageradamente fuer te,me pone nerviosa, me hace sudar. El diálogo no se ha interrumpido.

Voz Norma: Ash, cállate. Me chocas. Lo grave es que a veces me da la impresión de que Carmen sí es yo; digo, que sí es algo así como mi otro yo, o mi yo de a deveras, y que yo soy el yo falso, pero|

Voz Everio (riendo): ¡Caray!

Cesan las voces en la grabadora. Fade out en el back projection. Me mata de ira no entender nada, pero sigo muy atenta. Fade in en

el back projection.

En la grabadora.

Voz Everio: A la mejor *sí* tienen razón, ¿no? Tienen más edad, más experiencia, han vivido más, se han dado cuenta de que no puedes pasarte la vida gritando y y y blasfemando. Llega un momento en que tienes que establecer una|

Voz Norma: En que tienes que establecerte; que vivir conforme a las leyes establecidas, para eso se establecieron.

Voz Everio. Ése es un juego de palabras de la peor calidad, Normita. Date cuenta, caray: la historia no ha pasado en balde, las cosas no se han escrito, las leyes no se han legislado en balde. Hay siglos atrás de todo eso.

Voz Norma: Son siglos de mierda.

Voz Everio: No, no es cierto, no es cierto. Ésa es la mentira más grande del mundo. No no no. No. Tu desarrollo depende de esas normas que tanto trabajo, tanto esfuerzo, tantas guerras|

Voz Norma: No, chiquito. Tu desarrollo depende de ti y de tu contexto; de la cultura, eso sí, de la cultura que se ha hecho antes, de que la sepas asimilar. Pero en el fondo todo depende de ti.

Voz Everio: Mira, contigo no se puede hablar. Eres una delirante clásica.

Voz Norma: Lo que digas, diplomático.

Se interrumpe la grabación, cesa el haz de luz que me bañaba, se acaban las proyecciones: sólo quedo yo con la boca terriblemente seca; yendo de un lado hacia otro, arrastrando mi bolsa; inquietísima. Apago la grabadora.

Se proyecta un cartón:

TÚ AQUIÉN QUISISTE.

Escucho los pasos de Everio. Acercándose.

No sé qué hacer, estoy muy nerviosa. No quiero que se me note. Se fue muy contento y no aguanta molestarlo ahorita. Le doy la espalda y tomo aire: me vuelvo repentinamente hacia él, sonriendo. Falsísima. Ojalá no se dé cuenta.

Sí se da cuenta. Venía sonriendo y deja de sonreír. Quién sabe qué creerá. Cree que me burlo de él. Evita mirarme directamente, escoge un bulto para recargarse y me mira, ahora sí, con mucho rencor.

Everio: Ya sé qué estás pensando, viejita.

Trago saliva, por qué tenía que decirme viejita.

Everio: *Mira*, si he ido dos veces al baño es porque me han dado *ganas*, no porque|

No sé qué hacer; lo interrumpo para bromear débilmente:

Norma: Ya iba a llevarte unas tijeras.

No me hace caso. Chin.

Everio: Correcto. Tienes razón. Voy al baño porque me pongo nervioso y me dan ganas de orinar, pero ésa no es una razón para|

Norma (ahora sí, muy en serio): Estás loco, Everio. Para nada estaba pensando si ibas al baño o no, es que|

Everio: pero ésa no es una razón para que te sientas lo *máximo*, viejita. No te creas que eres tú quien me pone nervioso|

Norma: Pero qué te pasa, yo no he dicho nada|

Everio: Caray, no tienes que decir nada. Cada vez que regreso estás con una cara que bueno. Qué tienes, ¿eh? ¿Tienes orinofobia? Tú también orinas, niña, y cagas.

Norma: Óyeme, no seas vulgar.

Everio: Ah, vulgar. Muy bien. Nomás eso faltaba. *Hijo*, ahora hasta vulgar.

Norma: Oye, Everio, tú deveras *eres* neurótico: Inventas cosas, yo no he dicho nada.

Everio: Sí, claro. Ahí que muera, mejor. Neurótico. Muy buena onda.

Norma (tratando de suavizar): Bueno, es que|

Everio: Vamos a dejarla de ese tamaño, quieres.

Alzo los hombros. Que se vaya al diablo. Todo tiene su límite. Durante un momento permanecemos en silencio, hasta que repentinamente él recuerda.

Everio: No te vas a poner tu lente de contacto.

Norma: Ya me lo puse.

Maldita sea, no sé para qué habla del lente. Ya ni me acordaba de él; ahora empieza a moverse, a querer salirse, le falta lubricación, todo porque me lo puse a lo buey, sin agua.

Everio: No que tenías que ponértelo con agua y y y… No sé.

Norma: Me lo puse *aquí*. Con el liquidito. Gracias.

Everio: Ah, ahora estás enojada.

Norma: ¿Yo? No.

Everio (menea la cabeza): *Híjole*, eres algo así como el colmo.

Norma: Gracias.

Everio: Digo, primero tú| Y ahora te enojas.

Norma: *No* estoy enojada, viejito.

Everio: No me digas viejito, por favor.

Lo miro, tuerzo la boca, me dan ganas de estrangularlo. Meneo la cabeza y exhalo un suspiro de exasperación.

Everio: Bueno, no te enojes, ¿no? Qué quieres que haga.

Norma: ¿Yo? Nada. Que no estoy enojada. Y no me sigas diciendo que estoy enojada porque así se enoja cualquiera.

Ya me puso nerviosísima. Tamborileo sobre mis piernas. Camino de un lado a otro con los brazos cruzados.

Everio: Cálmate, qué tienes, ¿eh?

Norma: ¿No te dijo la muchacha a qué horas regresa Carmen?

Everio (irónico): ¡Hmm! La muchacha… (Trans.:) No, no me dijo. (Trans.:) A *mí* también me gustaría que llegara Carmen, ¿eh?

Lo miro con odio.

Everio (para sí mismo, medio sonriendo, con sorna): La muchacha…

Norma: Qué tiene.

Everio: Quién.

Norma: Cómo quién. La muchacha.

Everio: No, nada.

Norma: Entonces por qué repites la muchacha como si fuera esperanto. ¿No sabes qué es la muchacha? La criada, Everio. Tengo que decirle la criada. O la gata. O la mucama. O la sirvienta. O la indiapatarrajada. O la pendeja ésa.

Everio (mirándome): Igualito.

Norma: Igualito a *qué*. Caray, deja de hablar en clave.

Me va a responder al instante, pero hay algo que lo hace callar y medir las palabras.

Everio (débilmente): Bueno, es que… Alguien, ¿ves?, decía igual: la muchacha.

Norma: *Qué* te parece. La muchacha. Millones de personas en este posolímpico país dicen la muchacha, papacito.

Everio: Sí, hijita. Pero no la muchacha por no decir la criada. Qué *feo* decir la criada. Uy, no se vayan a sentir.

Norma: Bueno, es que el término criada o gata o indiapatarrajada|

Everio: Yo dije criada.

Norma: Bueno, sí. Es igual. La gente normalmente dice criada en forma despectiva, papacito.

Everio: Sí, hijita. ¿Ves cómo eres una niña que simplifica todo? No porque unas personas lo dicen despectivamente quiere decir que todas lo digan igual. Si son criadas son criadas y qué. Yo soy diplomático y qué.

Norma: Bueeeeno… (Trans.:) Además, *no* debería haber criadas.

Everio: *Ja*. Ya te quisiera ver haciendo el trabajo de tu casa.

Norma: Bueno… Sí, sí lo haría.

Everio: Sí, cómo no. *Igualito* a Yasequién.

Norma: Okay, quién jijos es Yasequién.

Va a responder, pero se decide por un gesto vago.

Norma: Tu mamacita. Una novia que tuviste. No, ya sé. Estuviste casado antes y tu esposa decía la muchacha en vez de decir la criada como tú querías, ¿verdad, macho mexicón?

Everio: No soy macho mexicón. Ya te dije. Y no. No era mi esposa.

Norma: Entonces quién. Quién fue, atrévete a decirlo. Tu esposa, ¿verdad?

Everio: No. Una muchacha.

Norma: ¡Ah! ¡Tu noviecitasanta! ¡La noviecitasanta del mexicano Everio!

Everio: Y dale. No, no era mi noviecita santa. Era una muchacha con la que viví. Y la quise mucho. Y era a todo dar. Y ya quisieras ser como ella. Y no te metas con ella, por favor.

Norma: Ja*já*, lo sé *todo*: te dejó la niña. Cómo se llamaba. Eutanasia. Ya sé ya sé: nació el día de santa Restituta Virgen. (Trans.:) ¿Sabías que en serio hay una Restituta Virgen en el santoral? Restituta. Y virgen. ¿No es increíble?

Everio: Híjole. Qué chistosa eres. Qué gran sentido del humor. No, no se llamaba así. A mí qué me importa el santoral, socióloga. Caramba, qué manera de estudiar sociología. En el santoral. Ve nomás.

Norma: Bueno, cómo se llamaba.

Everio: Se *llama*. No se ha muerto. Se llama Rut.

Ya está cruzando las piernas otra vez. Pobre meón. Qué risa.

Norma: Qué bíblico nombre tu amada tenía.

Everio (con mucha seriedad): Bueno ya, Norma. Hace rato te estabas quejando porque yo te *ironizaba*. Esto es en serio. No te metas con ella.

Norma: Bueno, sí. Tienes razón. Perdóname.

Everio: Sí.

Norma: No, en serio.

Maldita sea, ya me puse de buen humor, no puedo dejar de cotorrearlo. Él gruñe.

Norma (aguantando la risa): Perdóname, Everito. Deveras, per*dó*name, ¿sí? Ándale, Eve. Eve con eve cigueve.

Everio (explota): ¡Mira, vete mucho a|

Lo interrumpo, relinchando escandalosamente.

Norma: Aaaaaa¡rrancan!

Everio (lívido): ¡Qué chistosa eres, Norma! ¡Vete a la fregada!

Trato de controlarme.

Norma: Sí. Tienes razón. Perdóname.

Everio: Pch.

Norma (aún sonriendo): Ahora sí en serio. Perdóname. Quién era Rut, digo, cómo era.

No responde.

Norma: Everio…

Everio: Hmm.

Me acerco a él. Me inclino ante él. Trato de mirar sus ojos: el sangrón los desvía.

Norma: Everio.

Everio (me ve de reojo): Sí.

Caray, tengo que tomarle la cara, muy suavemente, para que me vea.

Norma: A ver, Everio. No sea niño. Hágame ojitos.

Everio (queriendo seguir enojado): Oh.

Norma: Un bizquito para Norma Lajusta. (Sin trans.:) Oye, cómo era Rut, cómo la conociste, cuán do empezaste a vivir con ella, por qué se pelearon, qué hace ahora.

Me mira ojiabierto y luego empieza a reír: río también para seguirle la corriente.

Everio: Deberías trabajar en la Procuraduría.

Norma: No la amueles.

Everio: Bueno, qué me preguntaste. A ver si me acuerdo de todo.

Era flaquita, alta, rubia, de papás judíos|

Norma: Entonces era judía.

Everio: Hmmm. Bueno, sí.

Norma: ¿O era alubia?

Everio: Qué sangrona. Tenía ojos cafés, nariz recta y una cicatriz gigantesca en el muslo derecho, la operaron del apéndice.

Norma: ¿Así le dicen ahora a los abortos?

Everio: *Hiiiijo*. Bueno. La conocí en la colonia; esto es, la colonia del Valle; se cambió a Luz Saviñón cuando yo estaba en prepa. Nos veíamos en la calle y quihubo cómo estás bien y tú bien también ah bueno luego nos vemos. Y nos veíamos. Hasta que nos fuimos viendo más seguido, y zas: el gran ligue.

Norma: Zas.

Everio: Espérate, ¿no? Ah, sí. Le gustaban Ricky Nelson y Pat Boone. A mí me choca el rock.

Norma: ¿A eso le llamas rock?

Everio: ¿Qué, no es? (Sonríe.) Bueno, es que no sé mucho de esa movida. Fuimos novios durante un buen tiempo, como doscientos doce años; no es cierto: como ciento treinta; híjole, ya me puse re sangrón.

Norma: Es que estás nervioso.

Everio: Sí, me pone nervioso hablar de ella. Cómo lo notaste.

Norma: Porque ya te dieron ganas de ir al baño. Cruzaste las piernas re vaciado.

Everio: Chin.

Norma: Bueno, síguele.

Everio: Qué te estaba diciendo.

Norma: Duraste de novio con ella como ciento treinta años.

Everio: No seas exagerada. Fueron dos años. Nos íbamos a casar, pero la familia no quiso; bueno, querían que yo terminara mi carrera y eso. Entonces empezamos a vivir juntos para que se amolaran y nos dieran el consentimiento. Pero no nos lo dieron. Se armó un lío horrible y ni hablar: seguimos amancebados.

Norma: ¿De dónde eres tú?

Everio: ¿Eh?

Norma: Digo, dónde naciste.

Everio: En Guerrero. Chilpancingo. Nefastísima ciudad. Por qué.

Norma: No, por nada.

Everio: Ah, pues a fin de cuentas fue mejor que no nos casáramos porque así me ahorré lo del divorcio.

Norma: Pero por qué se pelearon.

Se queda callado y sonríe, nervioso.

Norma: Perdóname, Everio. No tengo por qué estar preguntándote tanta cuestión. Pero es que soy muy curiosa.

Everio (inquieto): No, si no es eso. Es que es muy difícil de explicar, cómo te diré. (Vago:) Fueron muchos líos.

Norma: Sí.

Everio: Y luego… (Frunce la boca, alza las cejas, exhala aire muy fuerte.) Soy un mentiroso.

Norma (sorprendida): ¿Eh?

Everio: Sí me casé con ella. La gente no quería, pero como me puse muy terco, ni modo. Y nos dieron casita y coche y mi papá me consiguió trabajo con un compadre. En una agencia de publicidad. Como ejecutivo. Bueno, ayudante de ejecutivo. En la Comisión de Turismo trabajo en relaciones públicas.

Sonrío suavemente, sin mala fe.

Everio: Es que como estabas muy pesada y dijiste que Rut había sido mi esposa, te dije que no me había casado. Pero sí. Duramos un año. Un año.

Norma: Un año.

Everio: Un caño. Qué desmadre de matrimonio. Y el divorcio me salió carísimo: cuatro mil pesos y eso que no teníamos hijos ni nada.

Norma: Entonces no tuvieron hijos.

Everio: No.

Norma: ¿No te gustan los niños?

Everio: Bueno, sí. Pero había que esperar. Estábamos muy chicos, ¿no crees?

Norma: No creo. Pero por qué se pelearon.

En la izquierda se proyecta el cartón:

QUÉ TANTO HAY DE CIERTO EN LO QUE DICE ESTE CUATE.

Everio (toma aire): Te digo, fueron muchas cosas. Es muy difícil de explicar en detalle, entiendes. Lo que pasó fue que Rut como que se estancó, quiero decir, yo empecé a preocuparme por mi trabajo, por cumplir; empecé a comprender que tenía responsabilidades y ella nomás quería estar, cómo te diré; era muy niña, le encantaba pachanguear y vacilar y ser muy cariñosa, sin darse cuenta de que ya estábamos casados; digo, ya no éramos novios, entiendes.

Norma: No.

Everio: Cómo te diré. ¡Me lleva pifas, qué ganas tengo de ir al baño!

Norma: Pues ve.

Everio: Sí, ahorita. Se me antoja un trago. Lo que quiero decir es que… Es muy difícil.

Asiento; no se me ocurre qué decir.

Everio: Bueno, cómo ves todo esto.

Norma: Qué.

Everio: Digo, qué opinas.

Norma: No sé. Bueno, se me ocurren algunas cosas pero puedo estar equivocada.

Everio: Cómo equivocada. Qué cosas.

Norma: No sé, a la mejor tú tomaste demasiado en serio lo de ser hombre responsable y todo; digo, dejaste de mimarla. A toda mujer le gusta que la consientan.

Everio: Okay, pero si te casas la cosa es distinta. Hay otros problemas.

Norma: Sí, me imagino. Pero la onda es ésta. Tú dijiste hace rato que le encantaba ser muy cariñosa, a la mejor dejaste de ser cariñoso con ella.

Everio: Cariñoso. Yo *era* cariñoso. Pero ella era *encimosa*, entiendes, quería estar encima de uno todo el tiempo.

Norma: Bueno, es que a la mejor tú eras muy frío y|

Everio: Qué quieres decir con eso.

Norma: ¿Con qué? Con que eras frío. Pues eso: ya no eras atento con ella, nada más pensabas en tu trabajo.

Everio: Pero es que no puedes estar con arrumacos todo el día. (Tras un titubeo:) O en la cama.

Se ha puesto nerviosísimo.

Norma: Digo, a fin de cuentas yo ni sé. Pero me da la impresión de que le echas toda la responsabilidad a ella; a la mejor tú también tuviste un poco de culpa.

Everio: Por qué, yo qué culpa tuve; ultimadamente hice todo lo posible porque estuviera contenta, quise darle todo lo que podía y | Por qué me miras así.

No lo estaba viendo de ninguna manera. Palabra.

Norma: Cómo.

Everio: Carajo, tú crees que te estoy mintiendo. Todas las mujeres tienen *la* razón, ¿verdad? Nunca pueden tener la culpa.

Norma: Tú lo dices.

Everio: Yo lo digo. Mira, ella tuvo la culpa; a fin de cuentas yo estaba evolucionando, entiendes, no podía seguir pensando las mismas cosas que antes. Hay un momento en que tienes que darte cuenta de tu responsabilidad, de que no puedes tratar de imponer tu opinión. Te lo digo en serio. Tienes que comprender que otra gente piensa distinto y estar consciente de que tienen derecho a pensar como se les dé la gana. Cómo te diré. Hay que ser comprensivo, entiendes, hay veces en que uno tiene que darles por su lado. Así todo marcha mejor, puedes trabajar muy a gusto.

Norma: Sí, pero el problema es que por darles por su lado llega un momento en que *crees* lo que ellos piensan.

Everio (agresivo): Y qué diablos. A la mejor *sí* tienen razón, ¿no? Tienen más edad, más experiencia, han vivido más, se han dado cuenta de que no puedes pasarte la vida gritando y y y blasfemando. Llega un momento en que tienes que establecer una |

Norma: En que tienes que establecerte; que vivir conforme a las leyes establecidas, para eso se establecieron.

Un flash en la derecha de la toma que inició el back projection anterior. El circuito cerrado emplaza la pantalla.

Everio: Ése es un juego de palabras de la peor calidad, Normita. Date cuenta, caray; la historia no ha pasado en balde, las cosas no se han escrito, las leyes no se han legislado en balde. Hay siglos atrás de todo eso.

Norma: Son siglos de mierda.

Everio: No, no es cierto, no es cierto. Ésa es la mentira más grande del mundo. No no no. No. Tu desarrollo depende de esas normas que tanto trabajo, tanto esfuerzo, tantas guerras |

Norma: No, chiquito, tu desarrollo depende de ti y de tu contexto; de la cultura, eso sí, de la cultura que se ha hecho antes, de que la sepas asimilar. Pero en el fondo depende de ti.

Everio: Mira, contigo no se puede hablar, eres una delirante clásica.

Norma: Lo que digas, diplomático.

Everio: Bueno ya, ¿no? Qué tiene de malo que yo sea diplomático.

Norma: Nada. Lo mismo que tiene de malo decir la muchacha. Y mira, yo creo que tu esposa, *P*ut o como se llame, hizo bien en separarse de ti.

Everio: *P*ut. Separarse de mí. *Yo* me separé de ella. Nomás eso faltaba. Te digo que ella tuvo la culpa.

Norma: Sí, cómo no. Rut ha de haber sido una niña media tonta pero con ganas de hacer algo. Y cuas, te le burocratizas y la descuidas y no le haces cariños y te inventas pretextos para desatenderla: hay un momento de responsabilidades, hay que aprender a darle a la gente por su lado, pero no se te ocurre darle por su lado a tu esposa. Apuesto que con el viejo truco de cumplir con tus responsabilidades te largabas a beber y buscar viejas y todo eso.

Everio: Carajo, tienes la mentalidad de un ratón. Todo lo has de ver con tus ojos estrechos e ignorantes de mujer. Aunque digas que estudias y que te interesan las cosas, la política y la fregada.

Norma: Ésa me parece una estupenda respuesta de macho mexicano.

Everio: Y dale con lo de macho mexicano. Mira, a Rut nunca le pedí que friera un pinche huevo, le daba su buena lana, se compraba la ropa que quería, tuvo *dos* criadas para un mugre departamento de *dos* recámaras. Claro que tenía que esperarme cuando yo iba a trabajar y luego a la escuela, pero carajo tenía cuatitas y se la pasaba guaguaguá todo el día, y todavía se enojaba porque en la noche yo llegaba cansado después de trabajar y estudiar todo el día.

Norma: Eres un macho mexicano estudiosito, muy bien: pero eso no te quita lo macho mexicano.

Everio: Bueno, a fin de cuentas qué tanto con eso de macho mexicano. Nuestro país tiene sus tradiciones y no hay que burlarse de ellas |

Norma: ¡Ja! Haces que me ataque de risa.

Everio: Sí, ¿verdad?, te ríes de todo. Todo es muy chistoso para ti. La clásica niña politizada-intelectual. Hijo, no las aguanto, palabra. Prefiero a una gata.

Norma: Claro. Seguro que en tus épocas de niño cherryburgués no se te fue viva ninguna criada.

Everio: Pues sí, y qué. Cualquiera lo hace.

Norma: Sí, cualquiera. Andas de garañón con las criadas y con las pirujas pero te casas y entonces no puedes ni satisfacer a tu esposa.

Everio (lívido): Qué dijiste.

Norma (arriba): ¡Que no le dabas batería a tu esposa, por andar en ondas o nomás porque no!

Everio: ¡Vete mucho a la fregada!

Norma: ¡Vete tú!

Everio: Hablas con una vulgaridad increíble, Dios mío. ¡Me dan ganas de patearte para que se te quite lo chismosa y habladora y calumniadora y estúpida!

Norma: ¡No me extrañaría nada, pero atrévete nada más!

Everio: ¡Ojalá estuviera aquí tu hermano o tu novio o alguien para partirle el hocico!

Norma: Pártemelo a mí, hombre. Desquita tus ansias de mexicano.

Everio (controlándose a duras penas): Mira, niña, no sigas porque |

Norma: Porque me vas a dar una patiza y luego te vas a largar al baño a orinar durante ochocientos segundos y tres micras o lo que dijiste hace rato.

Everio (acercándose, furioso): ¡Ya cállate!

Norma: ¡Cállame!

Se aproxima temblando de ira, como si fuera a golpearme; trato de controlar un movimiento instintivo de miedo y defensa. Pero no llega a golpearme, sólo grita, en mi cara:

Everio: ¡Vete a volar!

Da media vuelta y se dirige a la puerta, furiosísimo.

Norma: ¡Ándale, vete al baño, ahí es el único lugar donde estás en familia!

Everio (al salir): ¡A la chingada!

Sale, mientras yo sigo temblando de ira y de temor. Palabra que estoy temblando. Siento que mi rostro arde, estoy furiosa pero también muy deprimida: me dan ganas de llorar. Maldita sea, si ya todo iba muy bien; hasta le estaba haciendo chistes y agarrándole la carita. No sé cómo empezó el relajo. Me siento muy mal. Me desplomo en el sillón y hago lo posible por no llorar, tengo unas ganas locas de llorar: de depresión, de ira, de miedo; sigo

temblando, se me salen algunas lágrimas.

Entonces las luces bajan hasta la penumbra y siento, como martillazo, el haz del reflector de diez mil en mi rostro; cierro los ojos y tentaleo en la grabadora, oyendo el ritmo cruel del metrónomo. Hago funcionar varios controles, hasta que finalmente encuentro el de avance.

En la derecha vuelven a proyectarse las tomas en que Everio y yo actuamos lo dicho por la grabadora, siempre sin la sincronización. Ahora, en la izquierda se proyectan slides de las tomas de la derecha. En ambos lados se intercorta a letreros, como encabezados de periódicos, muy rápido. Los letreros son los mismos que han venido apareciendo. El circuito cerrado me emplaza con cámara negra, o con alto contraste, paneando a la grabadora; siempre en acercamientos. Se intercala un corte editado de la imagen vista segundos antes.

En la grabadora.

Voz Everio: En mi casa nada más fuimos dos hermanos. Mi hermano mayor nació mal.

Voz Norma: ¿Cómo mal?

Voz Everio: Sí, mal. Mi papá gastó un dineral en tratamientos psiquiátricos y clínicas de reposo.

Voz Norma: ¿De veras? Caray, ha de ser horrible. *Nosotros* tuvimos otros líos.

Voz Everio: ¿Sí?

Voz Norma: Somos tres hermanas. Teníamos un hermano, Roberto. Todos decían que iba a crecer muy afeminado y eso. A los dieciocho años se metió en un grupo político y lo mataron en Chihuahua, cuando quisieron asaltar un cuartel.

Voz Everio: Ah, pues en mi casa no hubo ese tipo de líos. Como mi hermano nació así, mi papá me facilitó todo lo que quise.

Voz Norma: ¿Y tu hermano nunca se pudo curar?

Voz Everio: No, sigue igual. Tiene un mozo que lo atiende y lo lleva a dar la vuelta. Le encanta quedarse en la esquina, viendo a la gente.

Voz Norma: Híjole. Mira, cuando murió Roberto sí sufrí. Fue la primera vez que deveras sufrí. Lo queríamos mucho, ves, era muy bueno. Y le metieron catorce balas expansivas en el cuerpo. Estaba muy chico.

Voz Everio: Mi papá me prohibía que le diera lata a mi hermano. Pero era re difícil. Había veces que le gritaba retrasado mental o pinche tarado. Él no entendía, ¿ves?, pero de cualquier manera como que era gacho.

Voz Norma: Sí, era gacho.

Se interrumpe la grabación, pero no el back projection: hay un gran close up en el que lloro suavemente, donde se deslizan lágrimas y lágrimas silenciosas, tal como he estado llorando al oír lo que dijo la grabadora. No la apagué, simplemente se detuvieron las voces y sólo quedó un zumbido de fuzz interminable.

Se proyecta un nuevo cartón:

CUÁNTAS VECES DEBE UN HOMBRE DECIR LA VERDAD.

En la grabadora.

Voz Everio (entrecortada): la verdad es que yo no sabía qué me pasaba, entiendes. Siempre he sido muy sano y antes no tuve problemas de ese tipo.

Voz Norma: Bueno, yo no sé de esas cosas pero |

Voz Everio: Es que al principio yo la quería mucho, ves, te juro que la quería mucho. Y me excitaba un demonial. Caray, antes de casarnos nos echábamos unas sesiones terribles, todo el día siguiente tenía un superdolor en, en… los testículos, ves. Y cuando nos casamos los primeros meses todo bien, pero luego ya no. Entonces creí que lo que pasaba era que ella, bueno, no me atraía. Y empecé a ligarme niñas y eso.

Voz Norma: Y qué pasó.

Voz Everio: Bueno, es muy difícil de explicar. A veces todo iba muy bien y a veces no funcionaba. Yo. Entonces volvía picadísimo con Rut y nada. Cómo te diré. Es que ella no sabía hacer el amor, entiendes, y como que esas cosas no pueden estarse enseñando. Entonces descubrí que no se me antojaba. Pero, como te digo, ella era muy encimosa y quería a todas horas; y por más que yo le daba a entender que calmara la onda, que se esperara unos días, no: ahí estaba muele y muele. Y luego, si la cosa no funcionaba, me empezaba a decir oye qué pasa con quién andas seguro andas con alguien porque antes no eras así. Fue espantoso, palabra. Había veces en que yo no me podía controlar y me enojaba mucho, muchísimo, y le pegaba. Un poco. Nunca le pegué mucho. Bueno, a veces sí. Y ella gritaba como loca, era horrible, y decía que le iba a contar *todo* a su papá y a sus hermanos. Yo no sabía qué quería

decir con todo, y por eso vivía muy mal, así como muy inquieto.

Voz Norma: Me imagino.

Voz Everio: Entonces salió un buey que la empezó a fregar, a ligársela, y ella como que le hacía caso, y me enojé un chorro y le dije que era una piruja que se fuera al diablo y nos divorciamos pero nunca supe si deveras anduvo con él o no. Tú qué crees.

Cesan las voces, las proyecciones y toda la luz. En completa oscuridad, durante un momento sólo se escucha mi llanto y el ritmo del metrónomo. Se proyecta un cartón:

DÓNDE ESTÁ LA REALIDAD.

Con la sola luz del letrero, canto:

Norma (a oscuras, la música con mucha reverberación; la voz con mucho eco):

Has caminado mucho mucho
sin saber por dónde vas
estoy construyendo un camino
no sé a dónde llevará
  es cierto que hablas y callas
no sé cuál es tu verdad
no sé cuándo es verdadero
lo que empiezo a asimilar
  cuánto de todo esto ha pasado
cuál es mi realidad
se encuentra dentro muy dentro
o es la que vivo al llorar
  y todo sigue girando
se proyecta en un perfil
se hace nudo sin estrellas
nos envuelve a ti y a mí.

Vuelven a proyectarse las imágenes filmadas, de nuevo combinándose con slides de las mismas tomas y de los cartones establecidos; el reflector de diez mil vuelve a incendiarme cuando se reinician las voces y las proyecciones en ambas paredes.

En la grabadora.

Voz Norma: Es que esto es increíble, ¿no?

Voz Everio: Híjole, me siento extrañísimo, cómo te diré|

Voz Norma: Quién se hubiera imaginado, ¿no? Después de tanto relajo. Sssss, el aire está cargado de electricidad.

Voz Everio: Sí, qué padre.

Voz Norma: Qué onda, qué bruto.
Voz Everio: ¿Te sientes bien?
Voz Norma: Sí, muy bien. ¿Y tú?
Voz Everio: Padre. Es que es rarísimo.
Se escucha mi risa: muy clara, muy dulce.
Voz Norma: Me caes re bien, siento que… No sé, me caes muy bien.
Voz Everio: ¿Palabra? ¿De veras?
Voz Norma: Sí sí sí. Deveras.
Voz Everio: *Hijo*.
Voz Norma: Cómo empezó todo, ¿eh? Qué pasó.
Voz Everio: No sé, palabra.
Everio y yo, en la grabadora, nos soltamos a reír al mismo tiempo.
Voz Everio: Qué.
Voz Norma: No, nada. (Se escucha mi risa.) Es genial, estamos como idiotas, diciendo puras babosadas.
Voz Everio: Oye, no. ¿O sí?
Voz Norma: ¡No! Decimos estas cosas porque son las cosas que tenemos que decir. Preferible este patín que estar, no sé, teorizando y construyendo frases de rigor. No sé, como que todo es más auténtico.
Voz Everio: Qué bruto, ahora sí estoy nervio*sí*simo…
Se escucha mi risa, prolongada, limpia, pero empieza a deformarse por una gran reverberación y frecuencias. Quedo azorada, con la cara húmeda, cuando en la cinta cesan las grabaciones. Mecánicamente me estiro para apagar el aparato.
Fade out en ambas pantallas.
Paso, sin darme cuenta, la palma de mi mano por el rostro, para limpiarlo; suerbo en mi nariz. Miro todo con ojos muy abiertos, froto mis brazos pero no tengo frío, aunque mi piel se halle muy erizada. Hay algo que rebasa todo lo que imaginaba. Paseo por el arriba izquierda frotando mis brazos como si tuviera frío, con pasitos muy cortos. La luz vuelve a bajar.
En la derecha se proyectan tres flashazos de una transparencia de Everio, sonriendo con aire neutro.
En los monitores aparece la misma imagen, al igual que en la pantalla de back projection, rapidísimo. Se escuchan pasos, la luz

sube y regreso al sillón. Tomo asiento sin hacer ruido, respirando con intensidad pero reprimiéndome. Tengo un poco de miedo.

Everio ha entrado en silencio y al darse cuenta de que no lo estoy mirando, arma en su rostro una expresión de seriedad extrema. Una cámara lo emplaza en close up, otra me emplaza a mí, en full: la tercera toma el top shot. Se hace un montaje brevísimo.

Se proyecta un cartón:

¿NO TIENEN LA IMPRESIÓN DE QUE ESTO YA HABÍA SUCEDIDO ANTES?

Sigo sin verlo. Por último respiro hondo y me vuelvo hacia él: no me mira, pero yo lo observo detenidamente, con suma curiosidad, como si lo advirtiera por primera vez.

Camina un poco, sintiéndose observado. Entrecejo fruncido. Sigo viéndolo sin parpadear, incluso hasta que mis ojos se nublan y él se siente incómodo. Abruptamente se vuelve y me mira con ojos duros. Le sostengo la mirada, igual: reconociéndolo, sorprendida.

Por último baja la vista y chasquea la boca, disgustado. No me importa, sigo mirándolo: un poco como si quisiera que él supiese lo que yo, que fuese consciente de todo para que así me lo explicara. Me gustaría, en este momento, depender de él, hacer lo que me indicase.

Pero Everio sigue disgustado y le molesta aún más el hecho de que yo lo mire como lo miro. Ha ido exasperándose poco a poco hasta que no puede más.

Everio (muy agresivo): Bueno qué. Lo oigo sin entender. Sigo mirándolo. Everio se cohíbe por haber hablado tan ásperamente, pero como continúo observándolo vuelve a exasperarse. Everio: Qué te pasa, niña.

Trato de no mirarlo más. Abro la boca como si fuera a decir algo de repente, pero la cierro. Digo: Norma: Cómo está tu hermano. Me mira, sorprendidísimo, pero aún continúa agresivo.

Everio: Por qué.

Norma: No sé. ¿Tienes hermanos?

Everio: Sí, pero mira: preferiría no hablar de eso.

Norma: Sí, comprendo.

Everio: Cómo que comprendes. Qué comprendes.

Norma (tranquila): Que no quieras hablar de eso.

Everio: Por qué. Qué te han contado.

Norma: Nada.

Everio: Carmen te dijo algo.

Norma: No. ¿Carmen conoce a tu familia?
Everio: No. (Más firme:) No.
Norma: Ya ves.
Everio: Mi hermano | Tengo un hermano. Es retrasado.
Norma (sin matiz): ¿Retrasado?
Everio: Retrasado *mental*, ni modo que qué.
Norma: Cómo se llama.
Everio: Miguel.
Norma: Y no tienes más hermanos.
Everio: No. Él es mayor que yo. Está muy fregado; bueno, me imagino.
Norma: Sí, claro.
Everio (brusco): Pero por qué tanto interés.
Norma: Por *nada*. De repente se me ocurrió que pudieras tener hermanos.
Everio: Pues claro que tengo hermanos, por qué no iba a tenerlos.
Norma (con sencillez): No estés enojado, Everio. Perdóname por lo que te dije.
Everio: No estoy enojado.
Norma: Me perdonas por lo que te dije.
Everio (arriba): Por qué tienes que ser así, ¿eh? Luego luego te vas a la fregadera.
Norma: Sí, ya sé. Por eso te pido que me perdones.
Everio: Digo, no aguanta. Cualquier gente hubiera… no sé… hubiera hecho algo.
Norma: Sí.
Everio: Y además Rut tuvo la culpa de todo. Palabra. No tienes idea de cómo era. Era, cómo te diré, muy poco comprensiva, entiendes.
Norma: Sí.
Everio: Esa vez sí tuvo razón mi papá. Me estuvo muele y muele para que no me casara. Pero ahí voy yo de idiota. Fíjate, como mi hermano es así, pues mi papá creyó que casándome yo iba a dejar de estudiar. Por eso no quería que me casara.
Norma: Pero tú seguiste estudiando.
Everio: Sí. Ahora está contento, la mera verdad. Digo, mi papá. Cuando me dieron el divorcio volví a la casa, entiendes. En realidad

trabajo porque estoy consciente de que no hay que ser un parásito, pero si hubiera querido, mi papá me habría dado *todo* sin tener que pedírselo.

Norma: Sí.

Everio: Es normal, ¿no? Siempre es gacho tener un hijo retrasado mental. Tú sabes, cuando van visitas a la casa es una lata que Miguel esté ahí, entiendes. Entonces mi mamá lo lleva a su cuarto y mi hermano se pone a llorar. Lo encierra. Es horrible oírlo llorar. Tiene ya treintaiún años, ves.

Se detiene, mirándome ligeramente cohibido. Ya se le pasó el mal humor. Sigo atenta, observándolo, estudiándolo, ahora más relajada, sin ponerme a pensar si dice la verdad.

Se proyecta un cartón en la derecha:

ES DEPRIMENTE.

Everio: Pero mira, deveras mejor no hablamos de eso. Es deprimente.

Norma: ¿Te da vergüenza?

Everio: Vergüenza, no. No exactamente. Cómo te diré, ya estoy acostumbrado. Primero, cuando estaba más chico y eso, sí me daba vergüenza. Ahora no. Qué se le va a hacer. El pobre no tuvo la culpa y mis papás y yo tampoco. Así salió, ni modo.

Norma: Claro.

Everio: El pobre nunca sale. Bueno, tiene un mozo que lo lleva a la esquina en las tardes. Pero, por ejemplo, cuando mis papás me llevaban de viaje él tenía que quedarse. Ha de ser espantoso. A *mí* me encanta viajar. ¿A ti no?

Norma: Sí, mucho. Pero nunca he salido del país.

Everio: Ah, pues yo sí. He ido cinco veces a Estados Unidos. A Los Ángeles y a San Antonio y a Chicago y a Miami y a Brownsville.

Norma: De paseo.

Everio: De paseo. Antes de que me casara, mi papá quería mandarme a una universidad de Texas, la Southern Methodist, pero pa' qué. Yo ni soy metodista. Y además uno tiene que estudiar en su propio país, ¿no crees?

Norma (sin convicción): Bueno, sí.

Everio: Claro que sí. Pero viajar es a todo dar. Digo, andar por calles que no conoces, viendo gente que nunca has visto, monumentos que no tienen nada que ver contigo; cómo te diré,

tratando de aprender. En el extranjero se aprende. Sobre todo aprendes a apreciar mejor tu país.

Norma: Hmmm.

Everio: Palabra. Todo mundo dice que si oyes el himno en el extranjero te emocionas como loco. Pero es *cierto*, entiendes.

Norma: No sé. Nunca he salido del país.

Everio: Aaah, pues por eso piensas como piensas, Norma. Cuando estás fuera *valoras* tu país. Y comprendes que tienes que luchar por él, construirlo sin fanatismos.

Sonrío sin ninguna intención oculta.

Norma (abruptamente): ¿Sabes lo que se me antoja? Un heladote. Qué horas serán.

Everio: No sé, no importa.

Norma: Y Carmen que no llega.

Everio: Sí, qué tipa.

Norma: ¿No le habrá pasado algo?

Everio: ¿A Carmen? ¡No! (Tiempo.) ¿Yate quieres ir?

Norma: No… (Firme:) No.

Everio: De qué sabor se te antoja tu helado.

Norma: De chocolate. Me encanta el chocolate.

Everio: Qué suave. A mí también. De chico tomaba litros y litros de chocolate.

Norma: Yo también. Mi mamá me daba unos termotes para la escuela.

Everio sonríe.

Norma: Y lo genial es que nunca me hizo engordar o me sacó barritos.

Everio: A mí no me hizo engordar, pero sí me granizó la cara durante una época.

Norma (sonriendo): ¿Durante una época?

Everio (sonriendo): Ya, ¿eh?

Norma: Oye, ¿no te gustan unos chocolates gringos, chiquitos, con forma de campana?

Everio: Sí, ya sé cuáles. Son riquísimos. Yo compraba toneladas cuando iba a los Estados Unidos.

Norma: A mí me los regalaba un cuate que era hijo de un piloto. Estaba algo así como enamoradón de mí y me daba *cajas*.

Everio: ¿Y no te gustan los pistaches?

Norma: Sí, mucho.
Everio: A mí también. Horrores.
Norma: ¿Y las pastillas de eucalipto?
Everio: Fúchila, saben a medicina.
Norma: Estás loco, Everio. Son riquísimas.
Everio: *No*. Mira, las que saben rico son las de menta. Lástima que uno crece y ya no puede seguir comiéndolas.
Norma: Cómo no. Ah qué caray, cada vez que algo se me antoja lo consigo. Aunque pueda parecer infantil.
Everio: Bueno, *tú*. Pero imagínate que yo llegara a mi trabajo cargado de dulces.
Norma: Qué tiene.
Everio: Hombre, cómo te diré. Nadie te tomaría en serio.
Norma: Ah, pues son muy bueyes.
Everio: Que no. Por qué siempre has de ir en contra de lo que te digo.
Norma: Al contrario, Everio. Oye, ¿a ti no te han operado de las anginas?
Everio: Sí, pero es la única operación que me han hecho. En realidad me enfermo poquísimo. Hace siglos que no tengo un catarro, por ejemplo.
Norma: Yo tampoco. Porjemplo.
Muerdo mis labios.
Se proyecta un cartón en la izquierda:
CUIDADO, PAYASA, NO EXAGERES.
Norma: A mí me encantó que me operaran de las anginas porque durante eternidades me estuve haciendo la convaleciente y me daban todo lo que pedía. Ha sido la única vez en que me dan todo lo que pido. Ya estaba perfectamente bien de la garganta pero me seguía haciendo pata.
Río para mí misma.
Everio: Es padre que te consientan. Por eso fue una friega cuando estuve casado. Chin, llegaba cansadísimo después de estudiar y de chambear y la maldita Rut empezaba con sus ondas.
Norma: A mí me aterran las inyecciones, pero me fascinaba que me vacunaran. A cada rato pedía que me llevaran a vacunar.
Everio: Dónde te vacunaban, ¿en el brazo?
Norma: No, en una clínica del Seguro Social. No es cierto, en los muslos. Los tengo como mapas. Horrible.

Everio: Qué vaciado. Fíjate que nuestra familia tenía un médico loquísimo, se murió hace un año, y siempre decía que las vacunas en el brazo son peligrosas. No sé por qué.

Norma (sonriendo): Entonces te vacunaron en la pierna.

Everio (con un ligerísimo rubor): Sí, ¿no es horrible?

Norma (riendo): A mí vacunaron en el muslo por cuestiones de *estética*. Imagínate. Se suponía que te echaban a perder los brazos, así es que le dieron en la madre a mis piernas. Es *muy* quemante.

Everio me mira nerviosamente.

Everio (trans.): Cómo.

Norma (sonriendo): ¿Eh?

Everio: Perdóname; quiero decir, por qué son quemantes las cicatrices en las piernas.

Caray, empiezo a ruborizarme.

Se proyecta un cartón:

éSTAES UNA ONDA DENTRO DE LA MISMA ONDA.

Norma: Bueno, es que…

Everio (atentísimo): Sí.

Norma: Ah, digo, bueno, si alguien te ve… desnuda, resulta más *feo* tener los muslos llenos de vacunas que los brazos, ¿no?

Everio (tragando saliva): ¿Y mucha gente te ha visto desnuda?

Norma (fingiendo no entender): ¿Eh?

Everio: No. Perdóname. No sé en qué estaba pensando.

Norma (bajando la vista): He andado con muy pocos muchachos, Everio.

Everio (nervioso, queriendo tomarlo a broma): Ah sí. Cómo no.

Norma: Palabra. Por qué crees que no.

Everio (tragando saliva): Bueno, no sé. Debes tener muchos amigos y |

Norma: Amigos sí.

Everio: Cómo te diré. Cuando una muchacha es muy… popular, digamos, y anda metida en los grupos y las actividades en que tú andas, pues como que tiene muchos novios, ¿no?

Norma: No, palabra. Quién te lo dijo.

Everio: Bueno, lo supongo.

Norma: Okay, algunas niñas sí. Pero yo no.

Everio: Pero sí has… Esté, bueno, sí has estado muy enamorada de alguien.

Norma: Que si me he acostado con alguien.

Everio (embarazadísimo): Bueno, yo no pregunta ba eso exactamente.

Norma: Sí, ya sé, pero… Okay, ése ha sido un relajo.

Everio (inquieto): Cómo un relajo.

Norma: Es muy chistoso. Yo nací sin himen; bueno, con el himen desgarrado. Y cuando hice el amor por primera vez con un muchacho; claro, qué imbécil: ni modo que con un burro o con una mujer, no soy de esa onda; digo, yo estaba muy emocionada pero el cuate creyó que yo estaba cuenteándolo porque ni sangre ni nada.

Everio: Quién fue.

Norma: No lo conoces.

Everio: A la mejor sí.

Norma: Un muchacho que ahora es músico.

Everio: Cómo se llama.

Norma (sonriendo nerviosamente): Luis.

Everio: Luis qué.

Norma: No lo conoces, te digo. Luis Olmos.

Aparece un cartón:

¡LUIS OLMOS?

Everio: ¡Luis Olmos?

Norma (muy rápido): Sí, estuve muy enamorada de él, deveras, pero luego se acabó la moña.

Everio: ¿Eso fue hace mucho?

Norma: No tanto. Duramos juntos como tres años. Pero desde que terminamos ya no.

Everio: Ya no qué.

Norma (ruborizada): Tú sabes, ya *no*.

Everio: Ah. (Tragando saliva.) Y por qué.

Norma: Porque no me interesa así nomás porque sí. Creo que sólo cuando te apasionas verdaderamente con alguien debes entregarte.

Everio: Sí, claro, a fuerza. Claro.

Norma: Ésa es la cosa, ves. ¿Y tú

Everio (asustado): Yo qué.

Norma: Con quiénes te has acostado desde que te divorciaste.

Everio: Bueno… con algunas muchachas. No muchas.

De nuevo se ha puesto muy nervioso.

Norma: Cuáles.

Everio (vago): Muchachas…

Norma (recordando): Ah, sí.

Everio (nervioso): Fíjate que cada vez que hay un sol muy fuerte me salen ronchas en el tobillo.

Norma (sin entender): ¿Eh?

Everio: En el tobillo. Aquí. Y me da mucha comezón.

Norma: ¿No es muy molesto?

Everio: Pues sí.

Norma: ¿Y no has visto a un médico? A un dermaeso.

Everio: A veces. Pero me chocan los médicos.

Norma: Pero tienes que cuidarte.

Everio: Hombre, si no es nada. Una mugre comezón.

Norma: Y ronchas. Uno nunca sabe por dónde puede llegar algo más grave.

Ríe. Lo miro.

Norma: Qué.

Everio (riendo): Eso dice siempre mi mamá.

Norma: Pues tiene razón.

Everio (feliz): Eres vaciada, Norma.

Norma (neutra, sonriendo): Cómo vaciada.

Everio: Digo, eres muy padre, muy linda.

Norma: Linda. ¿Te parezco linda?

Everio (viéndome): Sí, también eres muy guapa. Guapísima. Un cuero.

Norma: No seas payaso.

Everio: Palabra.

Norma (muy nerviosa): Qué voy a ser guapa. Soy un monstruo. El monstruo del canal del desagüe.

Everio (riendo): Eso ni tú lo crees.

Norma: Bueno, no exactamente |

Everio (categórico): *Eres* muy guapa. Pero yo no me refería a eso.

Norma: Cómo.

Everio: Digo, eres una muchacha muy suave.

Norma: Y no soy guapa entonces.

Everio: No no. Sí eres. Te lo juro. A mí, al menos, me gustas un chorro, un torrente, un río, las cataratas del Niágara.

Norma: ¿Niágara es ese cuate al que le operaron las cataratas?

Everio: Me gustas mucho.

Sonrío, ruborizada, de a deveras.

Everio (muy rápido): Quiero decir, bueno, tú sabes, es difícil encontrar alguien con quien platicar muy padre. Cómo te diré.

Norma: Sí, ¿verdad?

Everio: A eso me refería cuando te dije que eras muy suave.

Norma: Bueno. (Río.) Se hace lo que se puede, todo se lo debo a Virgencitamorena.

Él ríe también, con timidez.

Everio (tímido): Eres genial.

Norma (íd.): Tú eres genial.

Everio: No, tú.

Los dos reímos.

Norma: Qué relajo.

Everio (riendo suavemente): Sí.

Norma: Te das cuenta.

Everio: De qué.

Norma: Te das cuenta de lo que está pasando.

Everio: Sí, claro que sí.

Norma: ¿Estás contento?

Everio: Muchísimo.

Norma: Es que esto es increíble, ¿no?

Everio: Híjole, me siento extrañísimo, cómo te diré |

Norma: Quién se hubiera imaginado, ¿no? Después de tanto relajo. Ssss, el aire está cargado de electricidad.

Everio: De puritita electricidad.

Norma: Ay, ya me dio un toque.

Everio (ríe): Estás loquísima.

Norma: Qué onda, qué bruto.

Everio: ¿Te sientes bien?

Norma: Sí, muy bien. ¿Y tú?

Everio: Padre. Es que es rarísimo.

Río muy claro, con mucha suavidad.

Norma: Caray, no cabe duda de que las cosas suceden cuando *menos* te lo esperas. Te acuerdas, hace un rato estábamos en plena guerra nuclear y ahorita, no sé. Me caes re bien, palabra, siento que… No sé, me caes muy bien.

Everio: ¿Palabra? ¿De veras?

Norma: Sí sí sí. Deveras.

Everio: *Hijo*.
Norma: Cómo empezó todo, qué pasó.
Everio: No sé. Palabra.
Norma: Bueno, no importa, ¿no?
Everio: Noooo.
Los dos soltamos a reír al mismo tiempo.
Everio: Qué.
Norma: No, nada. (Río.) Es genial.
Everio: Qué bonito, no se me ocurre qué decir.
Norma: Pues no digas nada.
Everio: No, ¿verdad?
Norma: No, no digas nada.
Él calla, sonriendo, con las manos en los bolsillos: me mira de reojo. Me siento arder. Toda mi piel ha vuelto a erizarse. Me vuelvo para observarlo. Él sigue mirándome de reojo y cada vez que descubre mi mirada en él, sonríe y se vuelve. Trato de controlar mi risa: una risa muy nerviosa, pero muy limpia, muy fresca.
Everio: ¿Ya?
Norma: No sé.
Everio: Qué risa.
Norma: Caray, estamos como idiotas, diciendo puras babosadas.
Everio: Oye, no. ¿O sí?
Norma: ¡No! Decimos estas cosas porque son las cosas que tenemos que decir. Preferible este patín que estar, no sé, teorizando y construyendo frases de rigor. No sé, como que todo es más auténtico.
Everio: Qué bruto, ahora sí estoy nerviosísimo.
Dejo oír mi risa: prolongada, limpia.
Norma: ¿Tienes ganas de ir al baño?
Everio: Me *muero* de ganas de ir al baño.
Norma: Pues ve al baño.
Everio: *No* voy al baño. De guaje.
Norma: Pero tienes ganas.
Everio: Sí, sí. Pero ésta es una de las veces en que prefiero reprimir mis necesidades.
Norma: Aunque sientas que tu estómago se va a reventar.
Everio: Aunque.
Norma: Ven.

Empieza a caminar hacia mí, con pasos lentos, sonriendo con timidez: cohibido. Lo espero, agitadísima, con el corazón palpitando a toda velocidad. Por último llega y queda frente a mí.

El metrónomo suena muy rápido, pero los monitores nos muestran con disolvencias muy lentas de uno al otro.

Se proyecta un cartón en la izquierda:

ENTRE LOS BOTONES.

Con gran lentitud alzo mi mano y toco uno de los botones de su camisa, rozándolo apenas: no sé qué decir.

Norma (tras una pausa breve): ¿Tienes cosquillas?

Everio (temblando): No.

Empiezo a tocar el botón con más confianza, pero nerviosísima. Él está casi sudando, orinándose; cambia el peso de las piernas en cada instante. Siento que trata de acariciarme el pelo y no se atreve. Se frota la boca con la mano muy abierta, mientras yo sigo como idiota con el botón.

Norma: Everio…

Everio: Sí…

Inclino la cabeza y en ese momento preciso se vuelve a salir mi lente de contacto.

Me pongo a temblar, suelto el botón.

Norma (exasperada): Ay, no.

Everio: ¿Eh?

Norma (suplicante): Oye, por favor, Everio, perdóname. No te muevas, se me volvió a salir mi lente de contacto.

Me mira unos instantes sin comprender y luego se suelta a reír.

Norma: Te juro que se me salió. Chin.

Trato de localizar el lente, cerrando un ojo.

Everio (riendo): ¿El mismo? Pero por qué.

Norma: Por ponérmelo a lo buey hace rato. Sí, el mismo. Ay, perdóname.

Everio: No te preocupes. Ahorita lo encontramos. Vas a ver.

Con extremo cuidado retrocede unos pasos y se arrodilla para buscar el lente, mientras yo palpo en mi cara, primero, y en la ropa después. Finalmente, con cautela, me pongo de pie, sacudo mi ropa y me arrodillo para buscarlo en el suelo.

Everio (buscando): Te lo hubieras puesto bien, Normita.

Norma (buscando): Pues sí, mi amor, pero qué se le va a hacer. Soy re buey.

Él queda extático un momento, mirándome, sonriendo fascinado por lo que dije. Me pongo más nerviosa aún.

Norma: Es que, es que si se le pega alguna grasita o algo, lo más probable es que se caiga otra vez.

Everio (tragando saliva, mirándome): Ah, sí.

Sacudo la cabeza y de nuevo empiezo a buscar el lente. Durante unos segundos gateamos recorriendo el suelo con las yemas de los dedos hasta que, involuntariamente, quedamos muy cerca. Respiro con intensidad; él también.

Everio (tratando de controlarse): El lente, dónde puede estar.

Norma: ¿De qué estás hablando? Ah, sí. El lente. Cuidado, no vayamos a triturarlo.

Everio (buscando): Sí, claro.

Seguimos gateando, muy cerca el uno del otro, en la misma dirección, rozándonos constantemente. Es insoportable. De vez en cuando nos miramos, sonreímos con extraordinaria timidez, rubor, vergüenza, y de nuevo recorremos el suelo.

Me siento en cuclillas, consternada. Con ganas de llorar, de reír, no sé.

Norma: Ay, Everio.

Se queda quieto también.

Everio: Sí.

Norma: Es horrible, Everio. Es precioso pero es horrible.

Everio (asustado): Pero por qué, Normita.

Norma: *Everio*, qué vamos a hacer.

Everio toma aire profundamente antes de decir:

Everio (titubeando): Mira, primero que nada vamos a encontrar tu lente. Hay que encontrarlo. Cómo vas a andar tuerta hasta que te entreguen el repuesto.

Asiento con fuerza, varias veces.

Norma: Sí sí sí.

Everio: Luego tomamos las cosas con *mucha* calma y |

Norma: ¡No! ¡Nada de tomar las cosas con calma!

Everio: El lente.

Asiento otra vez y vuelvo a buscar el lente, pero estoy muy excitada, emocionada, y a pesar de nuestra posición ridícula no dejo de mirarlo, de luchar contra el deseo de sentirlo.

Everio, por último, no aguanta más; me mira casi con

desesperación, titubea un poco.

Everio: Ahorita, regreso, Normita, voy a yasabesdónde.

Lo veo, tratando de no hacer notorios mis deseos de que se quede. Él se halla sumamente nervioso, se pone de pie casi con un brinco, sacude apenas su ropa y sale con rapidez.

Permanezco unos segundos encuclillada, cierro los ojos con mucha tuerza, los froto y entonces descubro lo increíble: el lente aparece en mi ojo. Empiezo a reír muy fuerte, nerviosamente.

Norma (grito hacia la puerta): ¡Everio! ¡No se me había caído! Lo tenía desplazado en el mismo ojo, ¡ya apareció!

No responde, pero sigo riendo sin poder controlarme, con mucha nerviosidad pero también con mucha alegría, optimismo.

Me siento feliz.

Se proyecta un cartón:

¿NOS QUEREMOS MUCHO, MUCHO, MUCHO?

La luz baja y el proyector de diez mil me ilumina mientras sigo en el suelo. Cierro los ojos. Canto:

Norma: De todo lo que he visto
de la vida que he surcado
del surco en que he renacido
renace todo mi cuerpo
juegan mis esperanzas
y creo ser creo sentir
en todo lo que he recorrido
en la peste que he ahuyentado
la marea que me ha deshecho
mis manos van hacia el aire el aire
es mundo en mis manos
y puedo ver puedo sentir
estás aquí en el eco
inundas el mundo hueco
reverberas mi pasión
te veo te siento y te veo
cuerpo en esta percepción.

Tan pronto como la luz vuelve a normalizarse me pongo de pie y, siempre sonriendo, voy hacia la grabadora. La toco tranquilamente; muevo la cinta un poquito, con las manos.

La pongo a funcionar.

Se proyecta otro cartón:

CANCIÓN DEL FREAK-OUT.

Se proyectan de nuevo, en ambas pantallas, cine y slides, nuestras imágenes actuando, sin sincronizar, lo que se oye en la grabadora.

En la grabadora.

Voz Everio: Te voy a decir, si en esas veces no me puedo controlar es porque me calientan demasiado y enfurezco.

Voz Norma: Pero no puedes ser así, Everio.

Voz Everio: Ya lo sé, pero me choca, ves. Cómo te diré, hago todo lo posible por no exaltarme, pero ni modo.

Voz Norma (preocupada): Ay, Everio.

Corte brusco en la grabadora. Fade out en las proyecciones. En los monitores de circuito cerrado hay pannings continuos de mi rostro que escucha, en close ups y big close ups. Diez segundos de música casi concreta, pero tocada por el conjunto, hasta que vuelven las voces. Paulatinamente mi sonrisa va desvaneciéndose.

Fade in en las proyecciones.

En la grabadora.

Voz Norma: Caray, eso es como querer asegurar que los Boinas Verdes nunca salen de los Estados Unidos.

Voz Everio: Por favor… Qué tienen que ver los Boinas Verdes con esto.

Voz Norma: Siempre te molesta que hable de política, ¿verdad?

Voz Everio: No, pero qué tienen que ver.

Voz Norma: Es el mismo espíritu, caray, el deseo de llegar y acabar con las ganas de progresar que tiene cada persona. Por medio de la crueldad. Es como un ejemplo, no te das cuenta. *Es* lo mismo.

Voz Everio: *Es* una jalada.

Corte brusco en la grabadora y vuelta a diez segundos de música con efectos. En la pantalla de back projection se quema la película y se ve cómo va consumiéndose. Se proyecta una transparencia de la película en proceso de consumición.

El conjunto, en escena, toca notas sostenidas.

Voy poniéndome nerviosa, lo menos que quisiera ahorita es volver a las discusiones.

En la grabadora.

Voz Everio (muy agitado): ¡Ésa es una mentira, Norma, y una mentira de lo peor!

Voz Norma: ¡Pero si tú mismo lo dijiste!

Voz Everio: ¡Cómo te voy a decir eso, ni que fuera pendejo! ¡Lo que pasa es que inventas cosas, tienes la mente podrida!

Voz Norma: ¡Podrida está tu abuela, yo qué culpa tengo de que ahora quieras ocultar tus deficiencias! ¡Caray, ve a ver a un psiquiatra, haz algo! ¡Estás enfermo!

Otro corte más. Cesan las proyecciones con el efecto establecido en la pantalla de cine. Vuelve la música cada vez más obsesionante en la grabadora y en vivo.

Mi boca está seca. He vuelto a frotar mis brazos como si tuviera frío. Tengo ganas de fumar.

Tras los diez segundos de música con efectos y la nota sostenida del conjunto, vuelven las proyecciones.

En la grabadora.

Voz Norma: ¡Y no hay nada peor que las órdenes de un imbécil bueno para nada, para nada!

Voz Everio (tensa): Te estoy advirtiendo, estúpida, cállate.

Voz Norma: ¡Cállame!

Voz Everio: ¡Te voy a callar a patadas!

Voz Norma: ¡No lo dudaría en lo más mínimo! ¡Un pobre imbécil que trata de ocultarse hasta sus deficiencias es capaz de todo con tal de sentirse hombre!

Voz Everio: ¡Cállate, Norma!

Voz Norma: ¡No me callo, nomás eso faltaba! ¡Patéame, ándale, mátame a golpes, eso hacías con Rut para sentir virilidad en alguna forma!

Voz Everio: ¡Que no sigas con eso, cállate!

Voz Norma: ¡Y todavía empiezas a hablar de responsabilidades y mejor comprensión para buscar la paz y no hay que ser extremistas y todo lo que se necesita es amor, cuando en el fondo estás podrido!

Voz Everio: ¡Que te calles!

Voz Norma: ¡Eres de plástico, de plastilina, tienes el alma atascada de egoísmo, de masturbaciones mentales y físicas!

Voz Everio: ¡Ya!

Voz Norma: ¡Ya mírate alguna vez, por favor, pobre imbécil, eres miserable en todos sentidos!

Voz Everio: ¡Vas a ver, estúpida, crees que lo sabes todo!

Voz Norma: ¡No me toques! ¡Quita tus manotas! ¡Everio,

suéltame, animal!

Se escuchan gruñidos de Everio y mi voz que va ahogándose, pero que aún puede seguir escuchándose, incomprensible.

En las pantallas se ve todo el proceso de la discusión y cómo Everio empieza a ahorcarme, con verdadero odio.

La grabación se corta abruptamente. Hay fade out brusco en el back projection. En la otra pantalla cesan las transparencias. Sólo el circuito cerrado sigue emplazándome, con cortes y montajes muy rápidos.

En la derecha hay flashazos de cartones que continúan, aun cuando Everio ha vuelto:

ALL YOU
ALL YOU NEED
ALL
LA PAZ ES PASIÓN
ASÍ ACABAN SIEMPRE
FÍJATE BIEN, IMBÉCIL
FÍJENSE BIEN, IMBÉCILES
DESPIERTA Y FÍJATE
DESPIERTEN
FÍJENSE
¿TODO LO QUE NECESITAS ES AMOR?

Apago la grabadora mecánicamente, no puedo creerlo. No puedo. Me dan ganas de gritar muy, muy fuerte. Estoy aterrada, temblando, con la boca seca, con un aire pesado en el pecho, con las manos, el cuerpo entero lleno de sudor glacial, la piel erizada. Es imposible, quisiera llorar, gritar, no puedo, siento mi palidez, mi estómago se contrae.

Everio se acerca, sonriendo, pero aún muy tímido. Everio: Qué me gritaste. No te alcancé a oír. Norma (viéndolo, sin comprender): ¿Eh? Sigo palidísima.

Everio: Estás enferma, ¿te duele algo? Qué pasó con tu lente.

Norma: Olvídate del lente, Everio|

Everio: Lo encontraste. Dónde estaba. Ahora no vayas a ponértelo con el puro líquido.

Norma: Tenía el lente puesto, Everio, pero |

Everio: Cómo puesto. Pues qué no se te cayó.

Norma: No, no se cayó. No me di cuenta y lo tenía desplazado, en el ojo, entiendes, no se había caído.

Everio (con mucha seriedad): Qué tienes. Qué te pasa.

Norma: Mira, Everio, tengo que decirte muchas cosas. Por favorcito.

Baja la vista, se muerde los labios, quién sabe qué cree. Cree que voy a cortarlo.

Norma: ¿Ves esa grabadora?

Everio (sorprendido): ¿Eh?

Norma: Tiene una cinta grabada. He estado oyéndola desde que llegué, he seguido oyéndola cada vez que ibas al baño. Dice *cosas*, Everio.

Everio: Cómo cosas.

Norma: Digo, ahí están grabadas nuestras voces. La tuya y la mía. Ya sé que nunca hemos venido antes a este lugar, que hoy nos conocimos, pero ahí están nuestras voces, entiendes.

Everio: Por favor, Norma.

Norma: Ahí *están*. Pláticas, ves. Supe cómo te llamabas antes de conocerte. Oí tu voz. Y no sé, más o menos un cuarenta por ciento de lo que está grabado ha sucedido.

Everio: No te la jales. A ver, barájamela más despacio.

Norma: Tengo mucho miedo. Everio. La grabadora dice que me vas a matar.

Everio: ¡No te la jales, caray! Qué has estado fumando.

Norma: No hagas *chistes*, por favor. Déjame explicar. Ahí están nuestras voces. Platicando moñas. Bueno, cuando tú llegas aquí repetimos textualmente lo que oí antes en la grabadora. Sin darnos cuenta. Ya has pasado tres o cuatro veces, pero otras no.

Everio: Caray, Norma.

Norma: Que sí. Otras veces decimos cosas que nunca suceden, que tú y yo no repetimos.

Everio: Como qué.

Norma: No sé, como lo de tu hermano. Lo supe desde antes.

Se queda viéndome fijamente.

Norma: Y muchas cosas más, ahorita no me acuerdo. Pero una parte de la plática que tuvimos hace rato la oí idéntica antes, me entiendes, y ahora acabo de oír que nos vamos a pelear y que vas a matarme.

Everio (nervioso): Estás loca, cómo voy a matarte.

Norma: Yo qué sé. Ahorcándome. Hace rato que te enojaste, ya merito me pegas.

Everio: Cómo crees. No te pegaría jamás. Yo sería incapaz de matar a alguien.

Norma: Bueno, pero yo tengo mucho miedo, por eso te digo todo esto.

Everio: Caray, qué no me tienes confianza. No te acuerdas ya |

Norma: Sí, sí me acuerdo.

Everio: Yo te quiero, sería incapaz de hacerte daño, al contrario. Deveras. *Te quiero*.

Norma: Pero lo de la grabadora qué.

Everio: Cómo qué. No sé. Yo qué sé. Caray, Norma, te estoy diciendo que te quiero, no entiendes, te quiero.

Norma: Sí, ya oí, pero comprende, por favor. *Créeme*. Tengo mucho miedo.

Everio: No me tienes confianza.

Pausa. Everio toma aire y finalmente casi susurra:

Everio: A ver, vamos a ver qué dice esa pinche grabadora.

Norma: ¡Exacto, claro! ¡Ahorita vas a ver!

Voy rápidamente al aparato y llena de nerviosidad maniobro el control del retroceso. Se escuchan ruidos acelerados.

Norma: ¿Ves cómo está grabada?

Everio: Ajá.

Norma (excitada): Ahorita vas a ver.

Sigo retrocediendo la cinta hasta donde considero que se inició la última conversación.

Norma: A la mejor no me matas, ves; no todo lo que he oído ha pasado, pero de cualquier manera |

Everio (hosco): Bueno, arráncala, ¿no?

Asiento nerviosamente y sólo se escucha una música muy violenta, llena de notas prolongadas que se tejen, ásperas, agridulces, obsesionantes.

Norma: Ahorita vienen nuestras voces, vas a ver.

Everio asiente, muy frío. Sigue ofendidísimo y yo empiezo a moverme, sin poder estar en paz.

Sigue la música. No se oyen las voces. Everio escucha, no dice nada.

Norma: A la mejor la puse muy atrás. Es una lástima que no me haya fijado en qué momento entraban nuestras voces, cómo me iba a fijar. Pero hay muchas cosas grabadas.

Everio: Sí.

Norma: Voy a avanzar la cinta, ¿eh?

Camino a la grabadora. Apago. Pongo el avance rápido. Más ruidos acelerados. Detengo. Avance. Sigue la música, la misma música.

Río nerviosamente. Everio continúa sin decir nada, cejijunto. Estoy agitadísima: me desplomo en un sillón con las piernas estiradas, sintiendo mis palpitaciones muy rápidas, tamborileando.

La maldita música eriza.

Norma: Chin.

Veo a Everio de reojo: sigue callado, mirando al frente. En la grabadora continúa la música.

De repente ya no puedo más, me pongo de pie casi de un salto y apago la grabadora. Automáticamente, el conjunto sigue variando el mismo tema.

Norma (recargada en la grabadora): Bueno, no sé qué diablos pasa. Y no me interesa, la mera verdad. No tengo paciencia para estar buscando el sitio exacto de la cinta. La cinta es muy larga. Y si no me crees, no le hace. No le hace.

Everio me mira, duro.

Everio (con mucha tensión): Palabra que no te entiendo, según tú eres muy materialista y ahora resulta que crees estas payasadas.

Norma (muy despacio): No son payasadas.

Everio: Entonces por qué no oímos nada.

Norma: Pues cómo…

Everio: A ver, por qué.

Norma: Ah, mira, si quieres pongo la cinta desde el principio y vas a ver.

Everio: No, para qué.

Norma: No me crees.

Everio: Bueno, no es exactamente si te creo o no.

Norma: Tú no me crees.

Everio: Pues no.

Norma: Bueno, ni modo. No le hace.

Everio: Cómo te voy a creer. Norma. Es una idiotez. Hijo, te la has pasado haciendo derroche de posturas muy *radicales* y ahora sales con una fantasmada. Cómo va a ser. Te contradices.

Norma: No es una fantasmada. Y sí puede ser. Y no me

contradigo.

Everio: Cómo no. O eres materialista o no.

Norma: Y a ti quién te ha dicho que el materialismo, para usar tus términos, no admitiría una cosa de éstas.

Everio: Por *favor*. Has leído con las patas tu marxismo elemental.

Norma: No es cierto. Al contrario, porque creo haberlo asimilado bien admito que puedan haber cosas como ésta. No me las explico, de acuerdo, okay; pero eso no importa. Hay otras cosas muy *reales* y tangibles que son inexplicables.

Everio: Ah, sí. Como cuál. Dime una, una nada más.

Norma: El amor.

Everio: El amor es un sentimiento.

Norma: Sí, pero es real, existe, mueve *montañas*. Y es inexplicable.

Everio: Qué tiene de inexplicable.

Norma: Tienes una memoria pésima, cuate. Mira, hace rato estuvimos discutiendo y gritando barbaridad y media, y luego, de buenas a primeras, empecé a sentir una atracción increíble hacia ti. Cómo te explicas eso.

Everio: Bueeeno…

Norma: Bueno qué.

Everio: Todo tiene su explicación.

Norma: ¿Sí? Cuál.

Everio: No sé. Me imagino que nunca habías conocido a alguien que no te diera la razón en todas las insensateces que dices.

Norma: Ah, entonces me piqué contigo porque no me dabas la razón.

Everio: Bueno, ésa puede ser una de las razones.

Norma: Y cuáles son las otras.

Everio: No te hagas.

Norma: Cuáles son.

Everio: Okay, pues. Yo tengo un carácter firme, una personalidad definida, sé qué busco en el mundo y cómo obtenerlo, poseo una ideología clara, lejana al infantilismo, a los extremos; tengo, bueno, facilidad para expresarme, he leído bastante… todo eso.

Norma (sin poder creerlo): Y qué más.

Everio: Bueno, no estoy tan tirado a la calle físicamente y tengo

sentido del humor y sensibilidad y puedo ser serio cuando hay que serlo.

Norma: Qué bruto, eres un estuche de monerías. Gracias por decírmelo.

Everio: Hombre, yo no hubiera querido decírtelo, pero me pediste las razones por las que pasamos del pleito a la atracción. Además, he sido simplemente objetivo. Ves cómo todo es explicable.

Norma: Estás *loco*. No tiene *nada* que ver con eso. Tú podrás tener toda la sarta de virtudes que mencionaste y no hubiera pasado nada. El amor es misterio, entiendes. Cuando es verdadero es inexplicable. Si te lo explicas con tanta facilidad y sabiendo cuán buen partido, qué cuero eres, es que no llegaste a sentir más que una vacilada de amor.

Everio: No, no es cierto.

Norma: *Además*, yo sé algo que me habría puesto a pensar *mucho* antes de sentir atracción por ti, a pesar de todos tus atributos.

Everio (inquieto): Qué.

Norma: No tiene caso meternos con eso.

Everio: No, no. Dime qué.

Norma: Es algo que dijo la grabadora.

Everio: Ah, te lo dijo tu famoso pajarito.

Norma: Pues sí, y claro que lo creo.

Everio: Bueno, dime qué es. No puede ser nada.

Norma: Eres perfecto, ¿eh? Mira, cuate, nada más acuérdate de cómo te espantaste cuando te pregunté por tu hermano. Tú supiste al instante que yo sabía que tenías un hermano.

Everio: No. Tú misma dijiste que nada más se te ocurrió.

Norma: Fue por no inquietarte, papacito. Después de todo tu hermano es retrasado mental y a ti te da vergüenza que lo sepa la gente.

Everio (con vehemencia): ¡No es cierto! ¡Nunca me ha dado vergüenza: nadie tuvo la culpa, por qué habría de darme vergüenza!

Norma: Eso dices ahorita. Pero hay cosas que tú sabes que no deberían avergonzarte, o atormentarte y, sin embargo, te las ocultas y por nada del mundo te gustaría que las supieran los demás.

Everio: Óyeme óyeme, qué te pasa. De qué hablas. Estás diciendo puras babosadas. No inventes.

Norma: Tú sabes que no estoy inventando, viejito.

Everio: ¡No me digas viejito!

Norma: No te digo viejito. Okay. Pero tú sabes que no estoy inventando, Everio.

Everio: Tienes una imaginación *verdaderamente* malsana, niña. Aplicas a la realidad todas las porquerías que lees.

Norma: Qué porquerías leo. Ni siquiera sabes qué leo.

Everio: Pero me imagino. A mí también me lo dice un pajarito.

Norma: ¡Déjate de estupideces, a mí no me lo dice ningún pajarito! ¡Ningún pajarito me pudo decir que te divorciaste porque hubo un tipo que empezó a ligarse a tu esposa, pero hasta la fecha no sabes si anduvo con él o no!

Se queda quietísimo: pálido.

Everio: Eso te lo dijo Carmen.

Norma: No.

Everio: Además, no es cierto.

Norma: ¿No es cierto?

Everio: No, no es.

Norma: Me juras que no es cierto.

Everio: Te lo juro, claro que sí.

Norma: Por qué te divorciaste entonces.

Everio: Porque ya estaba hasta el gorro. Rut era una vieja inaguantable. Pero ya basta de eso, ¿no?

Norma: No sé.

Everio: Yo *sí* sé. Yo no te he estado fregando con el imbécil con que anduviste.

Norma: Ahora es imbécil.

Everio: No sé si era imbécil o no. No me interesa. Para *nada*. De cualquiera manera, estás mal.

Norma: Por qué.

Everio: Ya sabes, no puedes conciliar cosas tan distintas.

Norma: Ah, mira. Y por qué no he de poder *conciliarlas*. La realidad es más fantástica de lo que crees. Ni con libros, ni con pinturas, ni con música, ni con drogas se puede llegar a lo real y fantástico de la realidad.

Everio: Estás jodida.

Norma: Estás jodido tú.

Everio: No, tú. Sólo así se explica que seas tan fanática. En vez

de perder el tiempo en manifestaciones y babosadas deberías poner en orden tu cabecita chiquita chiquita: la tienes toda revuelta.

Norma: Yo sé que me falta mucho, diplomático, que tengo que aprender muchísimo.

Everio: *Palabra* que sí.

Norma: Pero mira quién lo dice. Un pobre cuate que se la pasa hundido en la burocracia y la justifica, creyendo, haciéndose creer *todo* lo que le dicen.

Everio: Ay, sí. A mí nadie me ha dicho nada. He llegado a conocerme por mí mismo, he llegado solo a las conclusiones que tengo. En cambio tú repites como cacatúa todo lo que dicen los niños y los maistros babosos de la facultad.

Norma: ¡Tu madre! Yo sé por qué hago las cosas, las disfruto, pero tú eres un pobre autómata de plástico que cree tener ideas propias. Me das lástima, palabra.

Everio: Oye, no. Lástima que te dé el buey con el que te acostabas. Y no te metas con mi madre.

Norma: Pobrecito…

Everio: Pobrecito mangos. Ya deja de sentirte lo máximo, ¿no? Te crees la única, el sol, la biblia, el Capital, la reina de la verdad y del misterio. Y no eres más que una vieja loca.

Norma: Di lo que quieras, chiquito, pero nada más te aviso que estás viviendo en la caca, en la mentira, y tú lo sabes. Te ocultas lo principal y navegas con bandera de soy muy sano y culto y bello y qué fregón soy. Tu esposa tuvo la culpa de todo, tú eres estable, maduro, sereno y no sé cuántas cosas más; y después de todo eso tienes el descaro de decir que *yo* me creo el sol y la única y la canción. Tú eres el cerrado, no admites más allá de tu nariz moquienta y de tus ganas de orinar. Hace mucho que no vas al baño, viejito, qué esperas. Allá estás en familia.

Everio: ¡Otra vez con eso! Ya sabía que tarde o temprano volverías a tu orinofobia.

Norma: Eres un pobre buey. Nada más sirves para orinar.

Everio: ¡Vete a la fregada!

Norma: Ves cómo te duele que te diga que orinas y orinas. Luego luego enfureces.

Everio: ¡No enfurezco por eso! ¡Tú crees que puedes estar insultándome todo el tiempo, pero que te aguante otro, viejita!

¡Nací con el himen desgarrado! ¡Que te lo crea tu abuela! ¡Hace rato ya estabas que te morías de ganas de revolcarte conmigo y sales con que naciste con el himen desgarrado!

Norma: ¡Pues sí nací con el himen desgarrado! ¡Y sobre *todo* tenía ganas de revolcarme *contigo*!

Everio: ¡Cómo no!

Norma: ¡Contigo! ¡Resultaría mejor con un recién nacido!

Everio: ¡Cállate mejor. Norma, parece increíble que hace rato creyera que eres un ser humano!

Norma: ¡Tú eres el animal! ¡Crees que las personas son entidades abstractas que puedes hacer como se te dé la gana!

Everio: ¡Pues así es, si hay alguien con más inteligencia, más recursos y mejor preparación tiene que controlar a los demás, a toda esa bola de pusilánimes!

Norma: ¡Eres un pobre nazi despistado!

Everio: ¡Y tú eres una pobre idiota! ¡En el fondo piensas igual que yo!

Norma: ¡Nunca de los nuncas, fíjate!

Everio: ¡Cómo no, veo a través de ti, carajo!

Norma: ¡No me carajees!

Everio: ¡Y tú no grites, no hay nada más desagradable que oír los chillidos de una pobre vieja! ¡Todas las mujeres tratan de solucionar todo con gritos o con llanto, no piensan nunca! ¡Eres igual que todas pero con pretensiones de culta y politizada, qué risa, no hay nada más ridículo que una mujer que se cree intelectual, me dan ganas de guacarear! ¡Y ya cállate!

Norma: ¡Y no hay nada peor que las opiniones y las órdenes de un macho mexicano bueno para nada, para nada!

Everio (tenso): ¡Te estoy advirtiendo, cállate!

Norma: ¡Cállame!

Everio: ¡Te voy a callar a punta de patadas!

Norma: ¡No lo dudaría en lo más mínimo, mexicano, un imbécil que se oculta hasta sus deficiencias sexuales es capaz de todo para sentirse hombre!

Everio: ¡Cállate, estúpida!

Norma: ¡No me callo, nomás eso faltaba! ¡Patéame, ándale, mátame a golpes, es tu especialidad, eso hacías con tu mujer para sentir virilidad de alguna forma!

Everio: ¡Que no sigas con eso, maldita sea, cállate!

Norma: ¡Y todavía empiezas a hablar de responsabilidades y comprensión para buscar la paz y no hay que ser extremistas las mujeres no piensan todo lo que se necesita es amor, cuando en el fondo estás podrido!

Everio: ¡Que te calles!

Norma: ¡Eres de plástico, de plastilina, tienes el alma llena de egoísmo, de egolatría, de masturbaciones mentales y físicas!

Everio: ¡Ya!

Norma: ¡Y mírate alguna vez, por favor, pobre imbécil! ¡Eres miserable en todos sentidos!

Everio: ¡Vas a ver, vieja desgraciada!

Me toma de los brazos y me zarandea, mientras yo forcejeo tratando de zafarme.

Norma: ¡Suéltame, imbécil!

Everio (zarandeándome): ¡No me digas imbécil!

Norma: ¡Suéltame, cochino impotente!

Everio: ¡Hija de tu chingada madre!

Me toma del cuello, con furia, y empieza a apretar. Trato de zafarme, de golpearlo.

Norma: ¡No me toques, imbécil! ¡Everio, suéltame! (Aterrada:) ¡Me vas a matar! ¡Me vas a matar!

Deja de apretar, pero sigue sin soltarme.

Norma: ¡Everio, me estás matando, date cuenta por favor, te dije que ibas a matarme, no me querías creer!

Se queda viéndome, sin comprender. El ritmo del metrónomo es febril.

Norma (aterrada): ¡Suéltame, Everio, date cuenta! ¡Suéltame, por favor!

Sigue con las manos en mi cuello, pero sin hacer presión. Tomo sus manos y las retiro, me aparto, me desplomo en el sillón, llorando.

La música se oye fuertísima, terrible.

Él permanece unos segundos extático, mirando al vacío, jadeando, hasta que da media vuelta y sale tambaleándose.

Sigo llorando, escandalosamente, no me importa. Me toco el cuello, lo siento arder, rojísimo. Trato de respirar muy hondo para no llorar a grito pelado. Poco a poco logro amainar el llanto.

Me da frío. Veo todo como si fuera la primera vez. Cierro los ojos. El reflector me golpea de nuevo con su haz potentísimo. Jadeo prácticamente, pero no me importa.

Tentaleo sobre la grabadora, hasta localizar el metrónomo que sigue enloquecido: le impongo su ritmo más lento y lo coloco en su lugar.

Me siento extrañísima, el frío me devora; tengo miedo, tengo mucho miedo.

Busco los botones de la grabadora. La hago funcionar. La música continúa, pero baja a fondo, unida a la que ha seguido tocando el conjunto, mientras se escuchan las voces.

En las pantallas se proyectan las tomas idénticas del principio. Las imágenes y las voces no se sincronizan.

En la grabadora.

Voz Norma: Fíjate, Everio, ahorita tengo la impresión de que esto ya había sucedido antes.

Everio tose para disfrazar una risita irónica.

Voz Norma: Qué pasa. Te parece muy chistoso.

Voz Everio (muy rápido): No, cómo crees. (Pausa. Procura ser más convincente:) Palabra.

Voz Norma (con una ligera irritación): Entonces de *qué* te ríes.

Voz Everio: No me *reí*. Te lo juro, me dio tos nada más.

Voz Norma: Sí, cómo no. Ya sé. Experimento todos los lugares comunes imaginables. Pero es que sentí que todo esto ya había sucedido antes.

Corto la grabación. La música del conjunto sube de volumen. Cesan las proyecciones y el haz del reflector.

Aún no he dejado de llorar, pero ahora lo hago suavemente; estoy tensa y sintiendo algo terrible en el aire.

Se proyecta un cartón:

NORMA HA TRANSCURRIDO EN UN SÓTANO DONDE ESCUCHA SU VOZ. POR EL MOMENTO SE HALLA SOLA.

Tengo frío. Tengo miedo.

Everio regresa, molesto, con el entrecejo fruncido. Se lavó la cara o algo. Lo miro al fin, directamente a los ojos. Toma asiento en una silla y no me mira. Se ve extrañísimo, muy tenso. Me da miedo.

Everio: Mira, me iba a ir pero es estúpido terminar todo así.

Habla sin matices, su voz es muy extraña.

No respondo, lo miro.

Everio: Es mejor olvidar todo esto, ¿te parece bien?

Norma (asustada): Sí.

Everio: No te voy a pedir perdón ni nada. Tú sabes que la culpa fue tuya.

No respondo, lo miro.

Everio: Me molesta muchísimo que te expreses como si la gente no tuviera sentimientos |

Norma: No hablemos de eso, quieres |

Everio: Muy bien. Pero ya sabes.

Norma: Sí sí. Olvídalo.

Se proyecta un cartón:

QUÉ QUIERES EN REALIDAD, EVERIO.

Sigo aterrada, quizás ahora más que antes: hay en él algo que me hace desconfiar, temer cualquier cosa; me da la impresión de que no está diciendo la verdad, de que quiere hacer algo.

Norma (haciendo un gran esfuerzo, con la voz muy aguda): Me da la impresión de que quieres hacer algo. Te veo muy raro. Me das miedo.

Everio: No seas idiota.

Norma: Me das mucho, mucho miedo.

Exhala aire, gruñendo. Frunce aún más el entrecejo. Se levanta, camina unos pasos hacia mí y siento que mi respiración se agita hasta el máximo. Estoy verdaderamente aterrada.

Queda muy cerca de mí, mirándome con la mirada muy dura, muy extraña, cruel. Sin darme cuenta me vuelvo para mirarlo también, alzo la cabeza, mostrando mi cuello enrojecido.

Se proyecta un cartón:

QUÉ QUIERES HACER, EVERIO.

Nos quedamos quietos en esa posición y: en la pantalla derecha se proyecta la misma imagen, congelada;

en la pared lateral derecha se proyecta una transparencia de la misma imagen, bajo el cartón;

en los espejos se repite, extática, la misma imagen; en los monitores queda emplazada, en two shot, la misma imagen;

lentamente se descuelga una gran fotografía, fotomural, en blanco y negro contrastado, de grano muy abierto, de la misma, idéntica imagen;

la música continúa ahora con una sola nota sostenida de fuzz y órgano, muy rasposa, unificando las imágenes.

Durante veinte segundos todo queda paralizado, hasta que el proyector de diez mil golpea, a los dos, como en un médium shot. Todo sigue paralizado.

Cesa la música. Sólo se escucha el ritmo lento, a todo volumen y con mucho eco, del metrónomo.

Abril/junio, 1968

Nota del autor

En 1969, a los veinticinco años de edad, me hallaba en una primera cima del éxito profesional, pero, como suele suceder, pues todo cuesta más de lo que se cree, a la vez me despeñé emocionalmente en un tobogán de exaltaciones y depresiones, de tomas de conciencia y delirios, de felicidad y desolación, o como dice el *I Ching*, caí en un hoyo en el fondo del abismo, toqué el tambor, guardé silencio, sollocé y luego canté. Para acabar pronto, en ese momento perdí la dirección de mí mismo, si acaso alguna vez la tuve, y ya sólo me guiaba la intuición. El rescate llegó a través de la escritura, que me exorcizó e inició la curación de mi alma, pero también quintaesenció mis grandes temas y mis rasgos de identidad más profundos.

Una noche, en un fogonazo, se me ocurrió la totalidad de *Abolición de la propiedad*. La idea me entusiasma hasta la fecha. Una misteriosa grabadora funciona como oráculo y reproduce las conversaciones futuras de Norma y Everio, dos jóvenes que no se conocen, pero que, con esas cintas, se instalan en un tiempo mítico y reproducen las oposiciones clásicas entre los sexos, lo nuevo y lo viejo, lo romántico y lo pragmático, el cambio y lo establecido. Ella, romántica y rebelde, se enfrenta a lo conservador y pragmático en él. Sin embargo, una profunda afinidad generacional los hace comunicarse con facilidad en medio de enfrentamientos; así pasan de la simpatía y la posibilidad del amor a un antagonismo irreconciliable.

El contenido me ubicaba en una concepción de realismo que admite lo irreal, simbólico, y enfatiza lo arquetípico. Ya había explorado esta relatividad de la realidad en partes de mis primeras novelas y en algunos relatos. En cuanto a la forma, desde un principio quise combinar la novela y una obra teatral, escenificable, con elementos de cine, fotografía, televisión y música de rock. Leí a Brecht casi de niño, y desde entonces me atrajo mucho la fusión de los géneros, lo cual, por otra parte, caracterizó a la literatura de la segunda mitad del siglo XX, cuando se diluyeron las fronteras de la novela, el cuento, la poesía, el ensayo, el reportaje y la investigación. Por tanto, *Abolición* debía funcionar como una novela pero también como un libreto de teatro. Para ello, transformé las tradicionales acotaciones de puesta en escena en un monólogo interior de Norma, la protagonista. Manejé los diálogos con un criterio de prosa y no en el clásico formato tipográfico de un guión. Eliminé lo solitario de los personajes con la presencia en vivo de un grupo de rock. También incorporé un circuito cerrado de televisión con monitores entre el público, además de proyecciones de cine, fotografías y letreros epigráficos. Mi idea era que con sólo dos personajes se crease la sensación de que un mundo entero se debatía en escena. En todo caso, así surgió un misterioso texto innovador.

Primero objetivé la idea en una sinopsis bastante acabada de una página que después respeté en lo esencial al escribir. Trabajé el texto con intensidad, prendidísimo, casi en estado de trance, y algo muy especial fue a dar ahí. Por eso me funcionó como exorcismo y terapia. Al concluir, ciertamente me sentí mejor después de tirar mi basura en la vía pública. De cualquier manera, di a conocer el texto a algunos amigos. Rafael Giménez Siles, Emmanuel Carballo, Emilio Carballido, Juan Tovar y Óscar Villegas Borbolla reaccionaron favorablemente. El cineasta Carlos Velo, por su parte, se entusiasmó y al instante me compró la obra para adaptarla al cine; él dirigiría la película con Angélica María en el papel de Norma. Yo me sentí feliz, sin saber, oh iluso, que poco después la censura prohibiría tajante e inapelablemente el proyecto irracional. Lástima, pudo haber sido una buena película.

También llevé el texto a mi editorial. El gran editor Joaquín Díez-Canedo le tomó una estimación especial, él mismo diseñó la

portada y lo programó para publicarse inmediatamente. El libro apareció a mediados de 1969 y no gustó. El público no le agarró la onda, aunque las ventas, bajas pero estables, hicieron que el libro se reeditara más o menos cada dos años; los reseñistas, a su vez, se quejaron de que, a diferencia de mis libros anteriores, *Abolición* era difícil de leer. Yo, como siempre, no esperaba nada, más en este caso, sin embargo desde un principio también aparecieron los grandes lectores. José Emilio Pacheco le dedicó una parodia-homenaje y Héctor Mendoza denunció que se trataba de "una obra de teatro oculta". Además, para mi absoluta sorpresa, mi libro se volvió "de culto" entre escritores e intelectuales chilenos y argentinos de mi generación, como Antonio Skármeta, Poli Délano, Néstor Sánchez, Eduardo Gudiño Kieffer, Héctor Libertella, Tamara Kammenszein, Osvaldo Lamborghini, Germán Pardo García, Luis Gusmán o Carlos Roberto Durán. Varios de ellos escribieron muy buenos artículos y ensayos sobre *Abolición*. Les pareció una cúspide de la novela experimental empezando por el título mismo y la provocativa ambivalencia de significados del término "propiedad". De forma subterránea representó una seña de identidad generacional y marcó distancia con la imparable aplanadora conocida como el *boom*, que para entonces acaparaba la atención internacional.

Al principio *Abolición de la propiedad* se vio estrictamente como literatura y casi nadie reparaba en su naturaleza escénica, quizá porque yo nunca emití señales en ese sentido ni me esforcé por montar la obra. Sin embargo, a partir de 1978 el interés por *Abolición* se fue al hemisferio teatral, que desde entonces predominó sobre el literario. Héctor Mendoza empezó esto con su artículo "Una obra de teatro oculta". Siguieron los críticos de Estados Unidos George Woodyard y Juan Bruce Novoa. Este último incluso predijo que una pieza tan original y de alta producción difícilmente se estrenaría en México, pues antes se escenificaría en alguna universidad gringa.

Así ocurrió. En 1978 fui escritor residente en la Universidad de Denver con el apoyo de una beca Fulbright. Primero di clases de literatura y conferencias magistrales; como todo salió bien, me recontrataron para un segundo periodo en el que yo podría hacer lo que quisiera. La Fulbright también renovó la beca. Propuse entonces

puestas en escena de *Abolición de la propiedad* en inglés y español. El Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Denver puso el dinero para las grabaciones, filmaciones, transparencias fotográficas y la escenografía; sólo faltó el grupo de rock en escena y en vez de pequeños monitores en las butacas tuve que conformarme con una gran pantalla, o *back projection*, para todo lo visual. El gran profesor británico-canadiense John Kirk, alias el Qué Vida Más Amarga, tradujo rápida y eficazmente el texto al inglés, y por mi parte, convoqué a estudiantes graduados de letras hispánicas que quisieran obtener sus créditos académicos con el trabajo en la obra. Elegí dos parejas, una para la versión en inglés y otra para la española. También elegí a otros chavos para la producción, realización y el manejo técnico durante la puesta. Ninguno de estos muchachos había hecho teatro y el proyecto les resultó algo enteramente nuevo, así es que le entraron con gusto, primero, y bien prendidos después, ya que formamos un equipo muy unido, creativo, inventivo y divertido. Ellos mismos musicalizaron las letras de las canciones y transplantaron la traducción, hecha por un británico, al habla coloquial gringa. Yo dirigí encantado, en medio de una fiebre creativa, pues al mismo tiempo noche a noche escribía alucinado la primera y desmesurada versión de mi novela *Cerca del fuego*.

Los chavos y yo trabajamos duro y las dos versiones se estrenaron puntualmente en junio de 1978 en una iglesia muy bonita a cuya mala acústica nos adaptamos lo mejor posible, la Capilla Buchtel de la Universidad de Denver. Hicimos representaciones en cada idioma, tuvimos mucho público y nos convertimos en noticia, pues la radio y los periódicos de Denver nos dedicaron reseñas, entrevistas y reportajes, y varias veces escenificamos partes en vivo para la televisión. Al final, los muchachos y yo éramos grandes compas y también una banda poderosa que vivió una experiencia sensacional, muy lucidora en nuestros expedientes personales. La universidad y la Fulbright quedaron contentas, así que hicimos una buena ofrenda a los dioses, a los invitados y a nosotros mismos.

Abolición de la propiedad reapareció en mi vida siete años después, cuando Mario Alcántara, alias el Olla, un director muy brillante que en 1974 había montado *Círculo vicioso*, decidió

representar la obra en México. Sin dudarlo le di autorización y esa vez no intervine más allá de conectar a Mario con Rodrigo González —ya Rockdrigo para entonces—, quien musicalizó las letras de las canciones y compuso tramos incidentales. El Rockzález también proporcionó al grupo Qual, que recién había formado con el también rupestre Fausto Arreguín. Por su parte, Mario consiguió el Teatro de la Ciudadela y estrenó en agosto de 1985. Su versión respetaba la mía pero, claro, presentaba notables diferencias. A diecisiete años de su publicación, Alcántara vio la obra como una metáfora de 1968 en México y esto lo subrayó con las fotografías, las filmaciones, el vestuario, la escenografía y el uso estratégico de los rolones "A whiter shade of pale" de Procol Harum interpretada por Joe Cocker y "All you need is love" de los Beatles, al principio y al final. Sin embargo yo nunca hubiera imaginado que *Abolición de la propiedad* pudiera verse como portadora del espíritu de los sesenta y de 1968 en especial, aunque irracionalmente me pareció un buen auspicio que después de todo la obra se representara en la Ciudadela, donde brotó el movimiento estudiantil. La obra iba muy bien hasta que —como Rockdrigo—, también fue una baja más del terremoto del 19 de septiembre, pues el buen Teatro de la Ciudadela se derrumbó irremediablemente.

Por otra parte, me agradó mucho pero nunca entendí por qué Mario Alcántara había decidido montar *Abolición de la propiedad,* así que me quedé más asombrado aún cuando, por esos mismos días, Luis Grinberg, otro joven y talentoso director, decidiera escenificarla también. Luis me pidió la autorización y por supuesto le avisé que Mario ya estaba ensayando, pero a él no le importó, así es que la misma vieja obra se escenificó por primera vez en México en dos versiones radicalmente distintas y casi simultáneas. Grinberg lo hizo en el Foro Shakespeare a fines de 1985. Su montaje, excelente, resolvió con brillantez las dificultades de la obra y obtuvo después el premio a la mejor dirección de la Asociación de Críticos de Teatro.

Con todo esto yo quedé más que satisfecho y ya no me afectó cuando Planeta descatalogó el libro en 1989. Pero *Abolición de la propiedad* aún me sorprendería. A mediados de los noventa alimentó varias tesis de doctorado en México y en Estados Unidos, que la consideraron una gran precursora de todo montaje multimedia.

Además, para mi inmenso gusto, en 2006 fue estrenada en el Festival Teatral de Toulouse, Francia, con traducción de Julia Donadieu y dirigida por Marco Lara Ortega. Me cuentan que esta nueva versión fue bien recibida, por lo que se siguió representando en otras ciudades de Francia.

Como se puede ver, *Abolición de la propiedad* es muy especial para mí. Con el tiempo y las escenificaciones me di cuenta de que determinó el estado de mi alma y de mis huracanes emocionales de 1969. Aunque la trama y los dos personajes no tienen nada que ver con mi vida o mis experiencias personales, me afecta como ningún otro de mis libros, pues consteló algo muy profundo de mí mismo y de mis debilidades. Es una terrible radiografía de mi alma a fines de los sesenta y manifiesta no sólo mi concepción del mundo sino también algunos de mis rasgos esenciales. Desde que fui consciente de esto, *Abolición* me duele. Durante un tiempo simplemente no la podía soportar; leer alguna de sus líneas o pensar en ella era algo pavoroso y sagrado, casi como ver directamente la esencia de la vida, o del amor o la locura, o la cara de Dios. Quizá se debe a que en esa época se inició mi más abismal aprendizaje de la existencia, del dolor y de la conmocionante conciencia de estar vivo. Claro, a estas alturas ya me he reconciliado con *Abolición*, o sea, con esa etapa de mí mismo, y por eso ahora me alegra que esta obra circule nuevamente.

JOSÉ AGUSTÍN
Cuautla, 2008

Abolición de la propiedad

Primera edición digital: agosto, 2012

Diseño de portada: Random House Mondadori

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a: literaria@rhmx.com.mx

ISBN: 978-607-311-134-8

Conversión eBook:
Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com.mx
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede México:
Av. Homero núm. 544, col. Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo,
11570 MÉXICO D.F.
México
Tel.: 51 55 3067 8400
Fax: 52 55 5545 1620

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de

nuestras oficinas en www.randomhousemondadori.com.

























